

Redacción y Administración: Plaza José Antonio, 7 — Tel. 39

REDACTOR JEFE

Rdo. D. Juan Gutiérrez Pons, Pbro.

Licenciado en Filosofía y Letras

SUMARIO

COMISIONES.....

CRÓNICA DE LOS ACTOS *por Juan Gutiérrez, Pbro.*

DISCURSOS.....

CELEBRADOS con inusitado esplendor los actos del Centenario de Orfila, la *REVISTA DE MENORCA*, fiel a su tradición, no sólo tomó parte activa en los mismos publicando, como número extraordinario, la más extensa y documentada biografía de un menorquín tan preclaro, debida a la bien cortada pluma de nuestro insigne colaborador don Juan Hernández Mora, sinó que ahora se propone dejar un recuerdo imperecedero de los solemnes actos que con dicho motivo se celebraron en esta Ciudad, ofreciendo a nuestros lectores una copia de los bellos e interesantes discursos que se pronunciaron y una crónica de los actos en dicha ocasión celebrados. Los discursos se recomiendan por si mismos por su contenido y por la alta significación de sus autores; pero en cuanto a la crónica tenemos, con sentimiento que confesar, que el cronista, aún dejándose llevar del entusiasmo que a todos se contagiaba y del amor que siente hacia el terruño que le vió nacer, es difícil que pueda dar una idea exacta del ambiente y calor reinante en los actos de dicha conmemoración centenaria, que se desarrolló bajo el patrocinio de una Comisión de Honor y de una Comisión ejecutiva, los nombres de cuyos miembros queremos que figuren en lugar destacado de este número como reconocimiento de gratitud hácia los primeros, por el honor que han dispensado a esta Ciudad aceptando dichos cargos y como testimonio de felicitación la más sincera para los segundos por que gracias a su desinteresada labor fué factible el tributar un digno homenaje a Mateo José Buenaventura Orfila quien por su esfuerzo científico se hizo merecedor de gratitud perpétua y de constante emulación.

LA REDACCIÓN

COMISION DE HONOR

Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación
Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional
Excmo. Sr. Capitán General de Baleares
Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Menorca
Excmo. Sr. Gobernador Civil de Baleares
Excmo. Sr. Comandante General de la Base Naval de Baleares
Ilmo. Sr. Director General de Relaciones Culturales
Ilmo. Sr. Director General de Sanidad
Ilmo. Sr. Director General de Enseñanza Universitaria
Ilmo. Sr. Director General de Archivos y Bibliotecas
Excmo. Sr. Embajador de Francia
Excmo. y Magfco. Sr. Rector de la Universidad Central
Excmo. y Magfco. Sr. Rector de la Universidad de Barcelona
Excmo. y Magfco. Sr. Rector de la Universidad de Valencia
Excmo. Sr. Rector de la Universidad de París
Ilmo. Sr. Decano de la Facultad de Medicina de París
Excmo. Sr. General Gobernador Militar de Menorca
Ilmo. Sr. Presidente de la Excma. Diputación
Provincial de Baleares
Ilmo. Sr. Delegado del Gobierno en Menorca
Ilmo. Sr. Comandante Naval de Menorca
Ilmo. Sr. Juez de Primera Instancia e Instrucción

COMISION EJECUTIVA

PRESIDENTE

D. Juan Victory Manella,
Alcalde de Mahón.

VOCALES

D. Francisco Aristoy Santo,
Jefe de Sanidad Nacional y Presidente del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Mahón.

D. Juan Gutiérrez Pons, Pbro.
Director del Instituto Nacional de Enseñanza Media y Cronista-Archivero de la Municipalidad.

D. Agustín Doménech Landino,
Delegado del Colegio de Médicos, Sección de Menorca.

D. Juan Flaquer Fábregas,
Presidente de la Subcomisión de Monumentos Histórico-Artísticos.

D. Fernando Jansá Guardiola,
Delegado Insular del Ministerio de Información y Turismo.

D. Andrés Casasnovas Marqués,
Teniente de Alcalde.

D. Pedro Monjo Fuxá,
Concejal.

D. Juan Sánchez Salamanca,
Secretario del Excmo. Ayuntamiento de Mahón.

D. Francisco Terrés Coll,
Agente Consular de Francia.



Crónica de los actos celebrados en Mahón con motivo del primer centenario de la muerte del Dr. Orfila

*Por Juan Gutiérrez, Pbro.
Cronista - Archivero de la
Municipalidad de Mahón.*

LA COMISIÓN EJECUTIVA ANTE EL CENTENARIO

Si bien nuestra Ciudad conservó un recuerdo imperecedero del Dr. Mateo Orfila Rotger, el mahonés que por su saber y méritos más ha descollado y enaltecido nuestra Ciudad en el pasado siglo, quedaba, no obstante, sin cumplir el propósito concebido a raíz de su muerte, de levantar en Mahón a tan ilustre compatriota que fuera de su Patria y teniendo que vencer serias dificultades, llegó a alcanzar fama universal.

La Comisión nombrada por el Ayuntamiento de esta Ciudad en 1881, la que se constituyó en 1930 y la que se nombró en 1952, ponen de manifiesto el deseo constante de inmortalizar al Dr. Orfila, deseo que se ha convertido en realidad con ocasión del primer centenario de su muerte, al levantarle un artístico monumento que honra a esta ciudad, colocado en la calle de su nombre y frente a la casa que le vió nacer.

No es del caso enumerar las gestiones realizadas por la Comisión Ejecutiva para que el día 12 de Marzo de 1953, fecha centenaria de la muerte del Dr. Orfila, pudiera inaugurarse con toda solemnidad el indicado monumento, sinó hacer constar que su principal preocupación fué que el que se levantara en su memoria fuera digno de él y de esta población donde nació. Y así fué que se acudió en seguida al eximio artista don Federico Marés, que gustoso aceptó el encargo, enviando, al cabo de poco tiempo, varios proyectos abocetados, para que dicha Comisión eligiera el que fuera más de su agrado.

Numerosas fueron las reuniones, distintos los acuerdos, copiosa la propaganda dentro y fuera de la Nación, para dar a conocer la importancia de los actos del Centenario que iban a celebrarse en esta Ciudad en honor del ilustre mahonés doctor Orfila.

La reseña de los mismos, aunque dictada por el calor del cariño que el Cronista siente hacia Mahón, no alcanzará a describirlos con el lujo de detalles que se requiere, para dar a los lectores una idea acabada de la solemnidad con que todos se desarrollaron y de los que participaron, con la demostración patente de su entusiasmo, los vecinos todos de esta población.

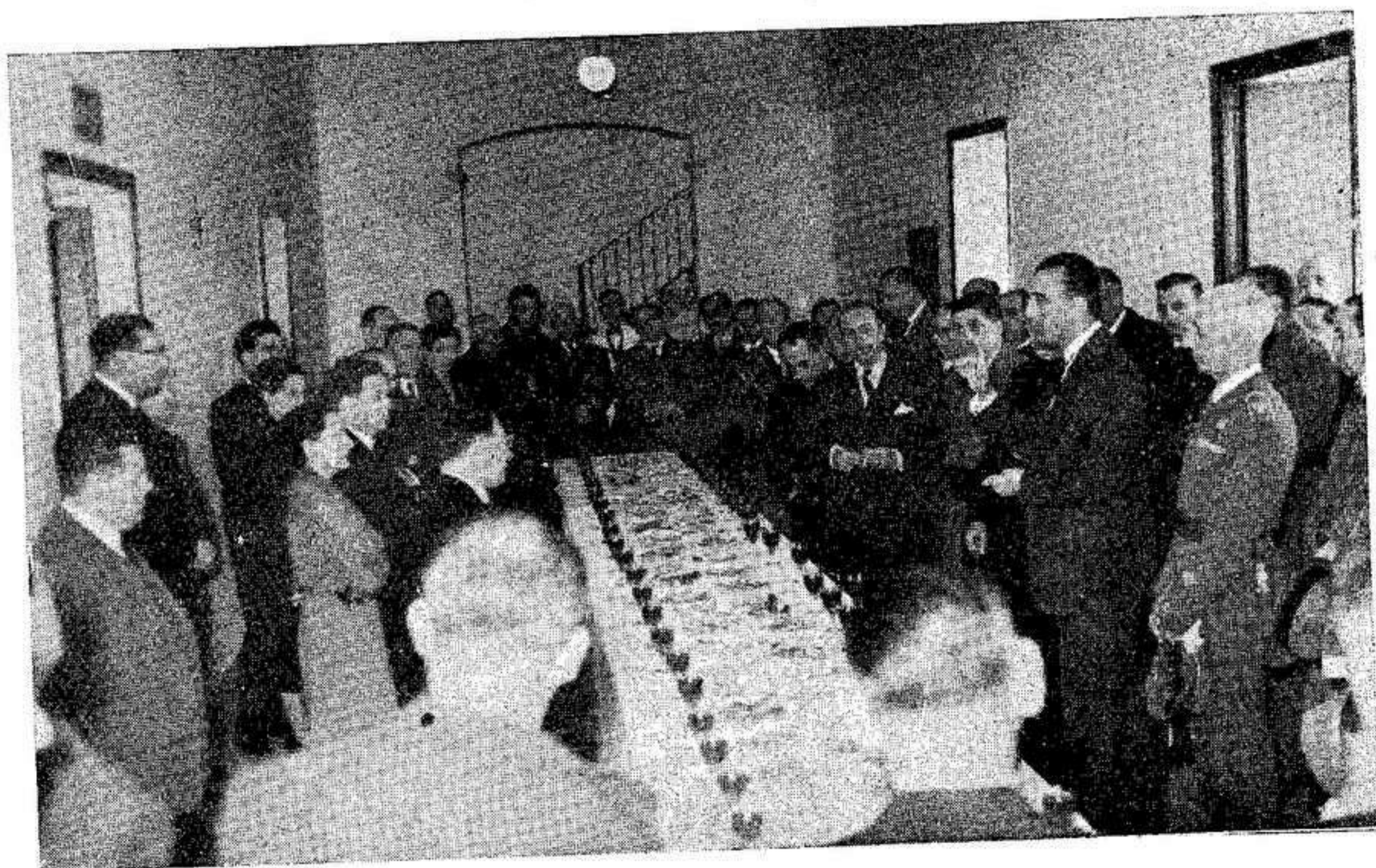
LLEGADA DEL MINISTRO DE EDUCACIÓN NACIONAL

Poco antes de las once de la mañana del día 11 de Marzo, llegaba al aeropuerto de San Luís, procedente de la capital de esta provincia, el Excmo. Sr. D. Joaquín Ruíz Jiménez, Ministro de Educación Nacional, siendo recibido con grandes vítores y aplausos mientras la Banda de música interpretaba el Himno Nacional.

Al descender del aparato, acompañado del Gobernador Militar de la Plaza, revistó las fuerzas que con bandera, Banda y Música habían acudido para rendirle los honores de reglamento.



LLEGADA AL AEROPUERTO DE SAN LUIS DEL EXCMO. SR. MINISTRO DE EDUCACIÓN NACIONAL D. JOAQUÍN RUIZ GIMENEZ, SIENDO SALUDADO POR LAS AUTORIDADES.



EL SR. MINISTRO DIRIGE LA PALABRA EN EL INSTITUTO DE ENSEÑANZA MEDIA.



DIRIGIÉNDOSE A LA ESCUELA DE TRABAJO.



EN LA ESCUELA DE TRABAJO, EL SR. MINISTRO DE E. N. PRONUNCIANDO UN DISCURSO.

Seguidamente saludó a las Autoridades y representaciones oficiales que, con la debida antelación, habían acudido al indicado lugar, para recibir al Sr. Ministro y su séquito.

Figuraban en la comitiva del Sr. Ministro el Excmo. Sr. Gobernador Civil de esta provincia y Jefe Provincial del Movimiento, don Alejandro Rodríguez de Valcárcel; los Directores Generales de Enseñanza Universitaria, don Joaquín Pérez Villanueva; de Archivos y Bibliotecas, don Francisco Sintés Obrador; el de Enseñanza Laboral, don Carlos Rodríguez de Valcárcel; el Rector Magnífico de la Universidad de Barcelona, Dr. D. Francisco de Paula Buscarons Ubeda; el Inspector Central de Enseñanza Primaria, don José Blat Jimeno, que llevaba la representación del Director General de Enseñanza Primaria y el Secretario del Sr. Ministro, don Fernando Magariños.

EL SR. MINISTRO VISITA EL LOCAL DEL INSTITUTO NACIONAL DE ENSEÑANZA MEDIA

Después de haberse efectuado los saludos de rigor subió el Sr. Ministro en su coche acompañado del Sr. Alcalde D. Juan Victory Manella, organizándose la caravana de automóviles que entró en esta Ciudad por la Explanada, calles del Dr. Orfila, Hannóver, Plaza del Generalísimo, calle de Isabel II y Plaza de San Francisco. Todo este trayecto estaba cubierto por numeroso público, destacándose los niños de las escuelas nacionales, religiosas y particulares que llevando banderolas en sus manos que alegres agitaban, tributaron al Sr. Ministro y personalidades que le acompañaban una simpática acogida.

A la llegada del Sr. Ministro con su séquito a la Plaza de San Francisco fué recibido por el Director y Claustro de Profesores del Instituto y saludado con atronadores aplausos por parte de los alumnos de dicho Centro. En el recorrido de las dependencias todas del local, donde se halla instalado el Instituto, se dió cuenta el Sr. Ministro de la imperiosa necesidad de dar impulso

al proyecto del nuevo edificio, por exigirlo así las necesidades de la enseñanza. El Sr. Ministro se dió también cuenta de que era indispensable la sustitución del material de algunas aulas y se interesó por el número de alumnos oficiales y libres con que cuenta este Centro.

Terminado el recorrido el Sr. Director del Centro, Licdo. don Juan Gutiérrez Pons, Pbro., en breves frases, ofreció al Sr. Ministro y personalidades que le acompañaban un vino de honor. Al contestar el Sr. Ministro al Director lo hace en términos de gran afabilidad celebrando, en este primer contacto, el que le diera ocasión para decir que si el local del Instituto realmente requería sustitución, en cambio no era óbice que bajo aquellas vetustas paredes se formaran buenos alumnos. Menciona entre ellos a su colaborador el Ilmo. D. Francisco Sintés Obrador, Director General de Archivos y Bibliotecas, al que conoció en las conversaciones de «*Pax Romana*», luego en el Instituto de Cultura Hispánica y actualmente en el Ministerio de Educación Nacional. Felicita al Profesorado de ese Centro y promete remediar, dentro de las posibilidades del Estado, cuanto le ha sido expuesto, no dudando que ello podrá ser factible por él o por sus sucesores, pues no en vano tienen en el Caudillo un infatigable propulsor.

Al salir el Sr. Ministro fué ovacionado por los Profesores, alumnos y numeroso público que se había estacionado en aquellas inmediaciones.

EL SEÑOR MINISTRO VISITA EL TEMPLO DE SAN FRANCISCO

Al salir del Instituto el Sr. Ministro quiso visitar la iglesia parroquial de San Francisco que sirve de capilla para los alumnos de este Centro, orando durante breves momentos ante el altar del Santísimo. Quedó admirado del gran trabajo de labra de la capilla de la Comunión y de las bellas proporciones y hermosas líneas del indicado templo, obra del siglo XVIII, manifestando claramente los deseos que él tenía de que fuera declarado monumento nacional.

EL Sr. MINISTRO IMPONE LA CRUZ DE ALFONSO X EL SABIO AL DIRECTOR DE LA ESCUELA DE TRABAJO, D. HUMBERTO FERRER.

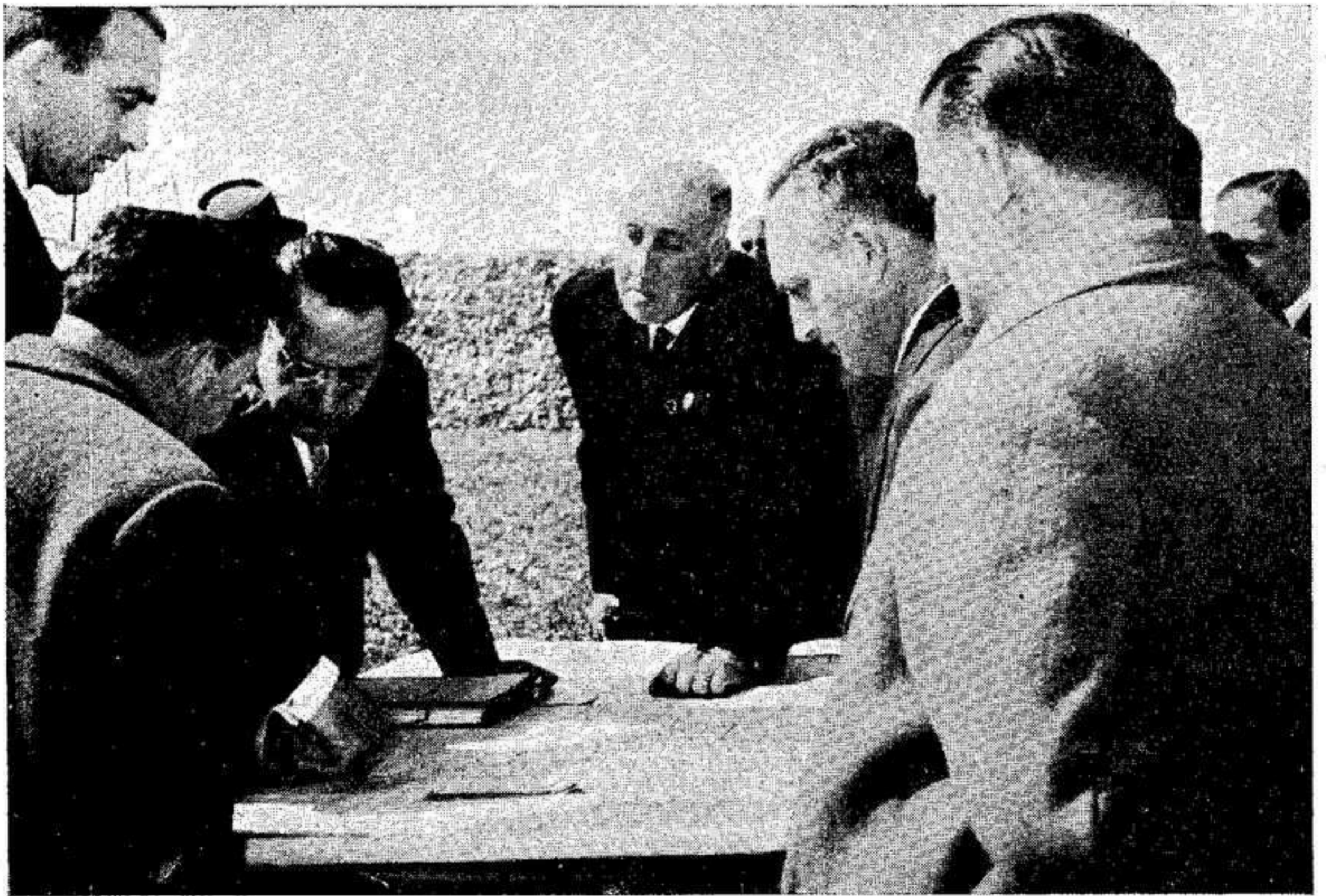


VISITANDO LOS LOCALES DE LA ESCUELA DE TRABAJO.





VISITANDO LOS TERRENOS DONDE SE EDIFICARÁ EL NUEVO EDIFICIO DEL
INSTITUTO DE ENSEÑANZA MEDIA.



EL SR. MINISTRO EXAMINA LOS PLANOS DEL NUEVO INSTITUTO.

EL SEÑOR MINISTRO VISITA LOS SOLARES CEDIDOS POR EL AYUNTAMIENTO PARA EL NUEVO INSTITUTO

Después de visitar dicha iglesia se dirigió con su séquito y autoridades que le acompañaban al solar cedido por el Ayuntamiento de esta ciudad, sobre el cual se proyecta levantar el nuevo edificio para el indicado Centro, sede futura de dicha entidad cultural.

Su Excelencia examinó con detención los planos del proyecto que le presentaba el Arquitecto, autor de los mismos, D. José Claret Rubira. El Sr. Ministro indicó la posibilidad de que dieran comienzo a las obras en el año actual, prometiendo venir para colocar la «última teja», pues prefiere dejar las cosas por terminadas que poner primeras piedras.

VISITA A LA ESCUELA DE TRABAJO E IMPOSICIÓN DE LA CRUZ DE ALFONSO X EL SABIO AL DIRECTOR DE LA MISMA SR. FERRER

Del solar del Instituto el Sr. Ministro con toda la comitiva se trasladó a la Escuela de Trabajo, donde fué recibido por el Director de la misma D. Humberto Ferrer y Claustro de Profesores.

El Sr. Ministro recorre todas las dependencias y admira las instalaciones, pasando luego al despacho del Director, donde le fué presentado el «Libro de Honor» en el que estampa su firma juntamente con los Directores Generales y el Rector Magnífico de la Universidad de Barcelona.

Pasa luego con su séquito y Autoridades al Salón de Actos de la Escuela que estaba ocupado en su totalidad por los señores invitados y alumnos de este Centro.

Con la venia del Excmo. Sr. Ministro el Sr. Alcalde de esta ciudad leyó un breve discurso en el que exaltó la labor constante que durante 35 años ha desarrollado D. Humberto Ferrer frente a la Escuela de Trabajo, que se fundó gracias a su inicia-

tiva, labor que ha trascendido a las altas esferas del Estado, mereciendo ser recompensada por la Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio.

A los elogios merecidos que el Sr. Alcalde tributó a don Humberto Ferrer, correspondió éste en términos de una emocionada modestia, exhortando al final a los alumnos de la Escuela de Trabajo que continuarán en su aplicación y asistencia a las clases teóricas y con su esfuerzo en las prácticas de taller para labrarse su porvenir capacitándose más y más en los oficios que ya han elegido.

Seguidamente el Sr. Ministro, en medio de atronadores aplausos, impuso al Sr. Ferrer la Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio, pronunciando luego una bellísima oración que todos los asistentes escucharon con religioso silencio.

Merece especial mención, como nota simpática de este acto, la entrega, efectuada por tres alumnos de la Escuela Preparatoria de este Centro, de una artística placa de plata, al Director del indicado Centro, con la que expresaban ellos y sus compañeros la inmensa satisfacción que sentían por la relevante distinción de la que muy merecidamente había sido objeto, por lo que le felicitaban cordialmente.

EL SEÑOR MINISTRO Y SU SÉQUITO VISITAN LA CASA PATERNA DEL DIRECTOR GENERAL DE ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS

Después de la visita a la Escuela de Trabajo el Sr. Ministro y su séquito se trasladaron, a pie, a la casa paterna del Director General de Archivos y Bibliotecas, señores de Sintés, siendo objeto de patentes muestras de simpatía por parte del público. Al poco rato de estar en esta casa llegaron por vía aérea, en segunda expedición, procedentes de Mallorca, la Excm. Sra. doña Mercedes de Aguilar, esposa del Excmo. Sr. Ministro; doña Maruja Tovar de Pérez Villanueva; doña Carola Riber de Rodríguez de Valcárcel; doña María del Carmen de Olivar de Sintés;

doña María Victoria Gavilán de Rodríguez de Valcárcel (don Alejandro) y doña Milagros Martínez de Laín Entralgo e hija. Durante el rato que estuvieron en dicha casa todos fueron admirablemente atendidos por los señores de Sintés.

BANQUETE DE GALA EN EL CASINO MAHONÉS

A las dos de la tarde, en el Salón principal del Casino Mahonés, el Excmo. Sr. Ministro, su séquito, personalidades declaradas Huéspedes de Honor, autoridades y representaciones provinciales e insulares fueron obsequiadas por la Comisión del Centenario con un banquete de gala, que el «maitre» Román Bustamante sirvió de la manera tradicional e impecable que acostumbra.

INAUGURACIÓN DE LAS EXPOSICIONES DEL "LIBRO MÉDICO ANTIGUO" Y DE LA "ICONO- GRÁFICA Y BIBLIOGRÁFICA" DE ORFILA

Terminado el banquete el Sr. Ministro con todos los comensales se trasladó al Ateneo Científico, Literario y Artístico, donde inauguró la exposición del «Libro médico antiguo» pronunciando D. Francisco Aristoy, Presidente de dicho centro cultural un bello discurso que fué contestado por el Sr. Ministro con la elegancia y galanura que le son características. (1)

El Sr. Ministro y acompañantes estuvieron contemplando los distintos ejemplares de los libros expuestos, entre los que figuraban algunos incunables y ejemplares rarísimos, colocados dentro de las vitrinas con gusto artístico y según el orden en que aparecen descritos en el catálogo, haciendo grandes elogios de dicha exposición.

(1) Discursos que se insertan al final de este número.

Después de este acto aprovechó para recorrer todas las dependencias de dicho centro cultural, estampando su firma en el libro de visitas.

A continuación el Sr. Ministro y acompañantes fueron al Palacio Provincial de Archivos, Bibliotecas y Museos de esta ciudad, siendo recibidos por los miembros del Patronato y la Bibliotecaria y Directora del Museo, Srta. María Luisa Serra, donde tuvo lugar la apertura de la «Exposición Iconográfica y Bibliográfica de Orfila». El Sr. Ministro y demás acompañantes elogiaron cumplidamente esta exposición y la esplendidez de su instalación. Esta exposición estaba integrada de numerosas ediciones de los interesantes libros publicados por el Dr. Orfila, así como de numerosos grabados y pinturas de distintas épocas de su vida.

SOLEMNE SESIÓN ACADÉMICA EN EL AYUNTAMIENTO

Al atardecer del mismo día tuvo lugar en el Salón de Sesiones del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad la solemne sesión académica del Centenario del Dr. Orfila. Al ir el Excmo. Sr. Ruíz Jiménez, Ministro de Educación Nacional a ocupar la presidencia, fué acogido por todos los asistentes con una atronadora salva de aplausos.

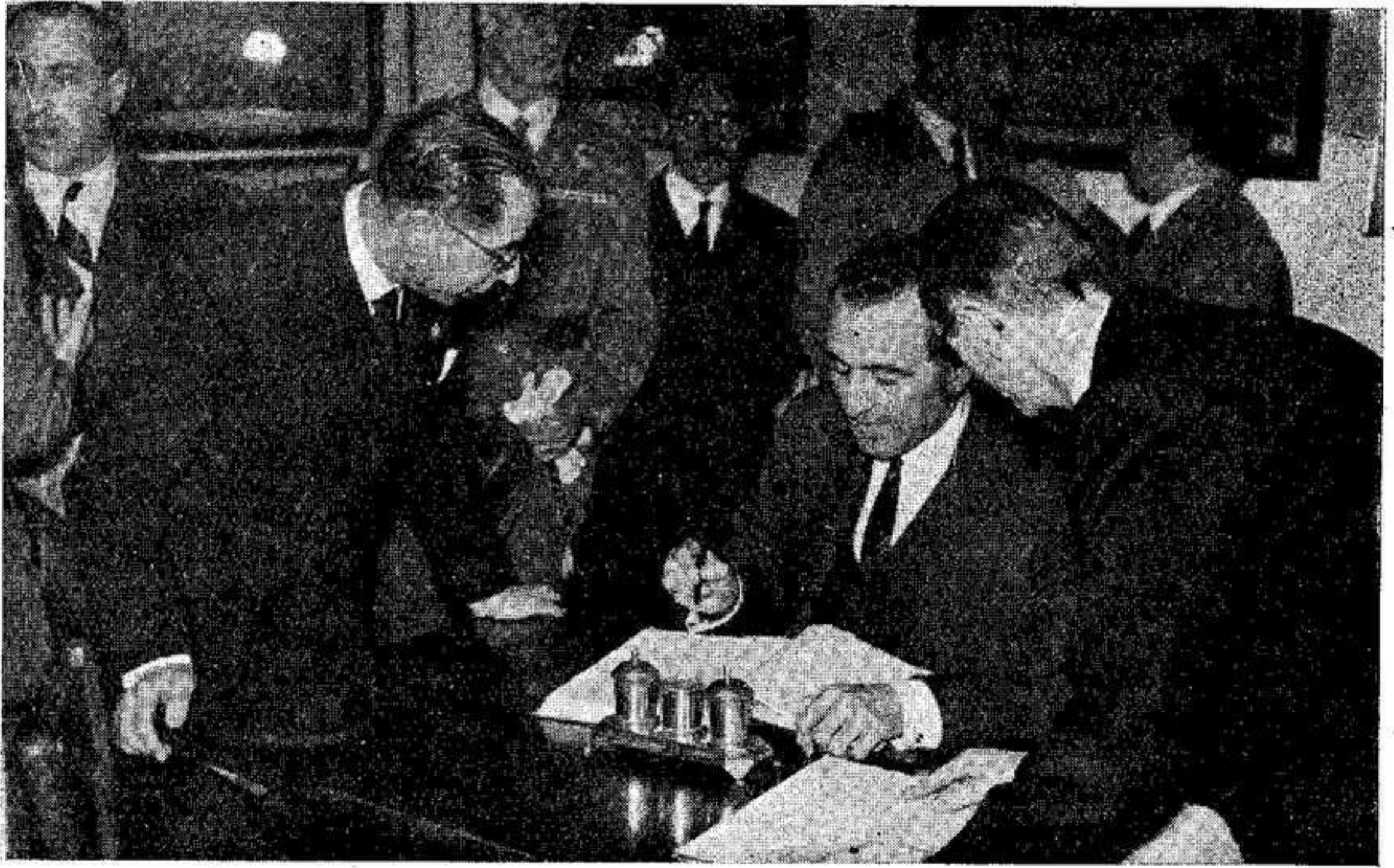
El salón de sesiones presentaba un brillantísimo aspecto, estando totalmente ocupado, así como sus dependencias anejas, por una selecta concurrencia, habiendo sido preciso colocar altavoces para poder oír el público, con toda comodidad, los discursos de esta memorable sesión académica.

Concedida la palabra por el Sr. Ministro al Ilmo. Sr. D. Francisco Sintés Obrador, Director General de Archivos y Bibliotecas, hizo éste una delicada y sentida presentación del Sr. Laín Entralgo, Consejero del Reino y Rector Magnífico de la Universidad Central, siendo este discurso de presentación premiado con grandes aplausos. (1)

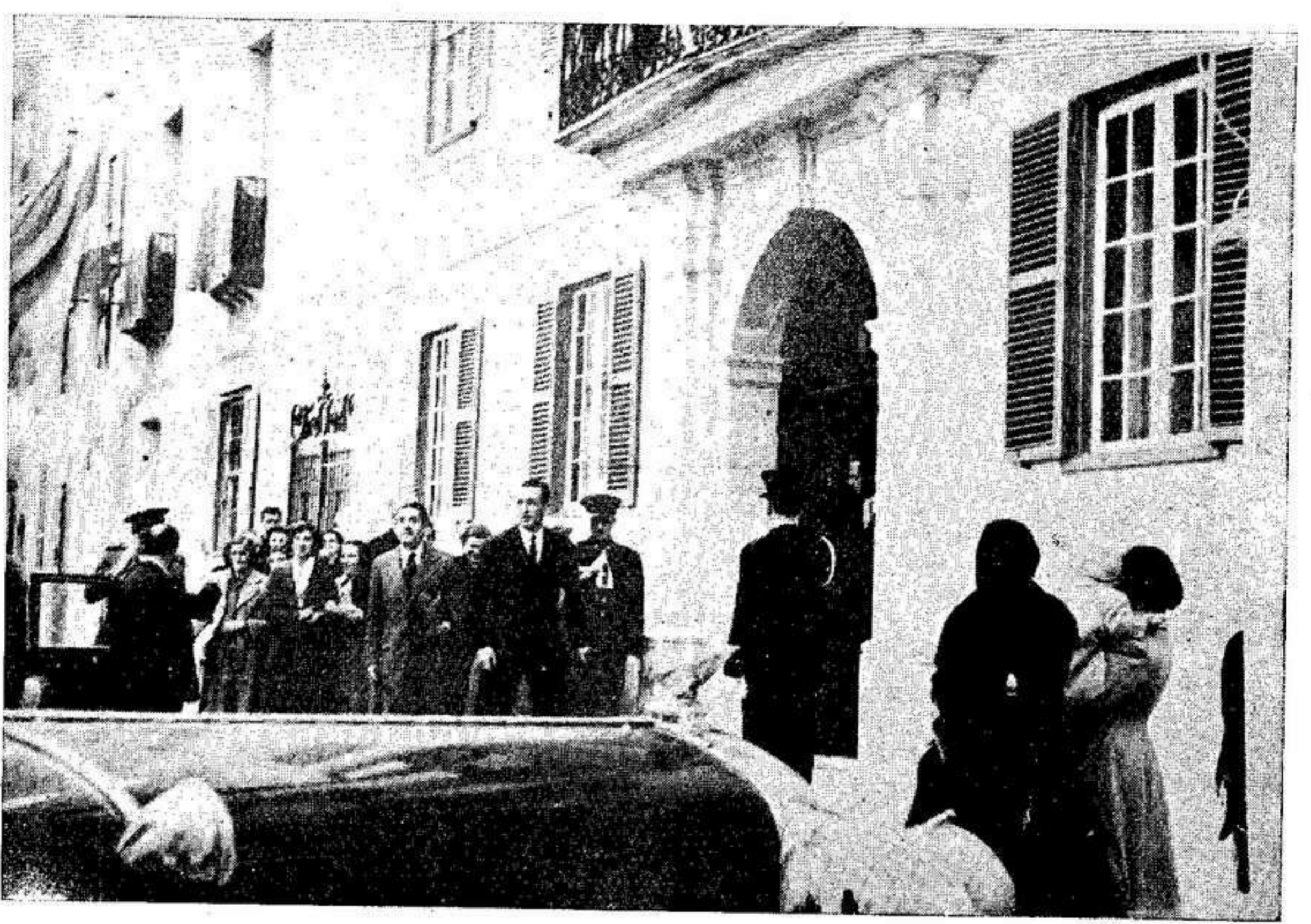
(1) Discurso que se inserta íntegro al final de este número.



VISITANDO LA EXPOSICIÓN DEL «LIBRO MÉDICO ANTIGUO» EN EL ATENEO.



FIRMANDO EN EL LIBRO DE VISITAS DEL ATENEO.



EL SR. MINISTRO LLEGA AL MUSEO DE BELLAS ARTES PARA VISITAR LA «EXPOSICIÓN ICONOGRÁFICA Y BIBLIOGRÁFICA DE ORFILA».



EL DIRECTOR GENERAL DE A. Y B. D. FRANCISCO SINTES PRONUNCIANDO SU DISCURSO EN ACTO ACADÉMICO.

Acto seguido, con la venia de la Presidencia, el Dr. Laín Entralgo pronuncia, con bellísima forma y profundidad de conceptos, su discurso que él llamó lección, que fué escuchada con ávida atención, siendo premiado este discurso con calurosos y prolongados aplausos. (1)

A continuación el Sr. Cónsul General de Francia en Baleares, en nombre del Embajador, leyó unas cuartillas en español que la concurrencia aplaudió con entusiasmo. (2)

Cerró esta sesión el interesante y bello discurso del Sr. Ministro, quien, con galanura de estilo, expresó lo que siente su corazón en estos solemnes actos conmemorativos del Centenario del Dr. Orfila, embelesando al auditorio con su elegante peroración. Sus palabras merecieron un atronador aplauso de todos los concurrentes al acto, que se renovó al abandonar el Sr. Ruíz Jiménez el Ayuntamiento. (3)

Seguidamente el Sr. Ministro y su séquito, las autoridades y representaciones se trasladaron al Teatro Principal, donde la Orquesta Sinfónica, bajo la dirección de don José M.^a Taltavull, dió un concierto extraordinario, interpretando selectas piezas musicales que fueron prolongadamente aplaudidas por todos los concurrentes por la justa y acertada interpretación de las mismas mereciendo el Director la alta distinción de ser felicitado por el Sr. Ministro.

FUNCIÓN RELIGIOSA EN SANTA MARÍA

La segunda jornada del Centenario de la muerte del Dr. Orfila comenzó con la función religiosa en Santa María, donde se celebró una Misa rezada, durante la cual la Capilla de dicha Iglesia interpretó, con justeza, distintas partes de la Misa de Requiem, terminada la cual se cantó un solemne responso en el que actuó como preste el Excmo. Sr. Obispo de esta diócesis, Dr. D. Bartolomé Pascual Marroig.

(1, 2 y 3) Discursos que se insertan íntegros al final de este número.

A este acto asistió el Sr. Ministro de Educación Nacional con todas las Autoridades e invitados ocupando el sitio que le estaba destinado, al lado de la Epístola, sobre el presbiterio.

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO

Al terminar el acto religioso el Sr. Ministro con todo su séquito, Autoridades y representaciones se trasladaron a la calle del Dr. Orfila para descubrir el monumento a este insigne menorquín.

Ya frente al monumento el señor Alcalde don Juan Victory invitó al Sr. Ministro Sr. Ruiz Jiménez para que descubriera el busto que con tanto acierto había ejecutado el escultor Sr. Marés, produciéndose una atronadora salva de aplausos por el público que llenaba totalmente la calle.

Seguidamente, previa la venia del Sr. Ministro, el Dr. Binet, Decano de la Facultad de Medicina de la Sorbona, vistiendo la toga e insignias de su cargo en la Universidad citada, leyó un discurso en francés, agradeciendo la invitación y expresando la satisfacción que sentía de encontrarse en Mahón, donde con tanto esplendor se estaban celebrando los actos del Centenario del Dr. Orfila, quien con su alta significación, en el campo de la Ciencia, no sólo realzó a su Patria sino también a la Nación que le acogió y que tanto partido supo sacar de la labor científica de Orfila. (1)

Finalmente el Sr. Alcalde de esta Ciudad leyó otro discurso en el que resumió la actuación y colaboración de las comisiones para llevar a efecto todo cuanto hasta la fecha se ha hecho, y conmemorar de una manera solemne y digna la fecha centenaria de la muerte del insigne mahonés Dr. Orfila. (2)

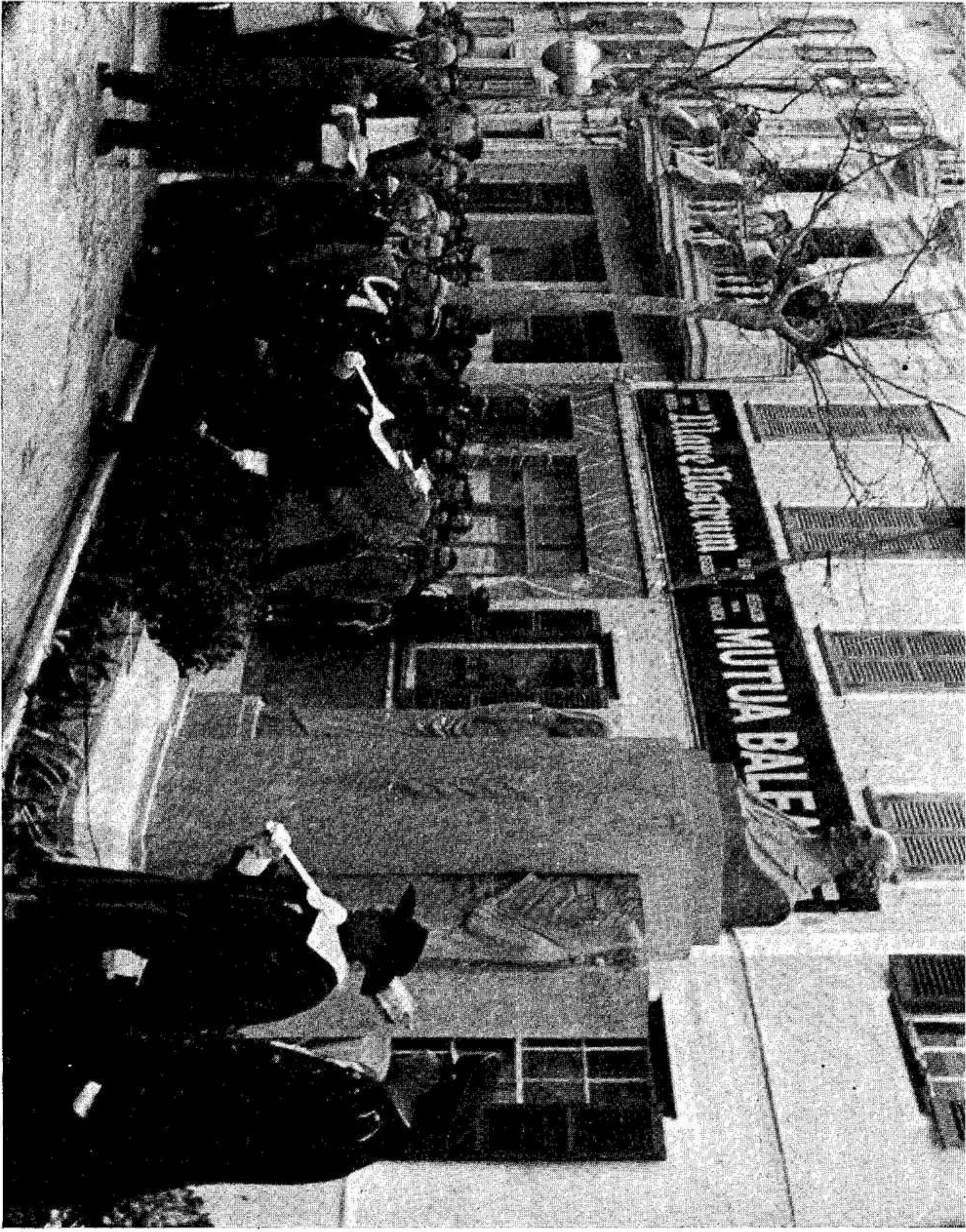
(1 y 2) Discursos que se insertan íntegros al final de este número.



EL RECTOR MAGNÍFICO DE LA UNIVERSIDAD CENTRO, D. PEDRO LAIN EN-
TRALGO, PRONUNCIANDO SU LECCIÓN EN EL ACTO ACADÉMICO.



EL DECANO DE LA UNIVERSIDAD DE PARIS, PROFESOR LEON BINET, SALUDA
AL SR. MINISTRO DE E. NACIONAL.



OVACIÓN TRIBUTADA AL SR. MINISTRO

Terminado el acto de descubrir el monumento del Dr. Orfila el Sr. Ministro y su séquito se trasladaron nuevamente a la casa paterna del Sr. Sintés Obrador, recibiendo, a su paso, muestras inequívocas de la simpatía con que los vecinos de esta ciudad habían acogido la visita del Sr. Ministro. El público, a pesar de la inclemencia del tiempo, aguardando la salida del Sr. Ruíz Jiménez, se estacionó en la Plaza de Colón y calles inmediatas, y advertido de ello el Ministro se asomó al mirador del primer piso de dicha casa, para corresponder amablemente a aquella espontánea manifestación de simpatía del público, dirigiéndole una breve despedida, expresando con palabra galana y bellos conceptos la buena impresión que se llevaba de esta población, que, en su corta estancia, le *había robado el corazón*.

Dijo en su peroración que los pueblos que, cual Ciudadela, honran a sus mártires, y como Mahón a sus sabios, son dignos de aprecio y consideración.

Prometió que bien como Ministro, o con carácter particular volverá a esta Isla para saborear sus exquisitas bellezas y legendarios monumentos.

Su desbordante simpatía y la belleza con que supo expresar sus conceptos llenos de sentimiento y poesía arrancaron del público un atronador aplauso, dejando gratamente conmovida a la multitud, que con religioso silencio había escuchado las elocuentes palabras del Sr. Ministro.

El público aguardó a que saliera el Sr. Ministro, séquito, Autoridades y representaciones, para tributarle, como homenaje y despedida, el último aplauso. En el aeropuerto de San Luis fué despedido por las Autoridades, invitados y numerosísimo público.

ALGUNOS ILUSTRES VISITANTES EN EL LAZARETO

Por la tarde del día 12 parte de los ilustres visitantes, huéspedes de esta ciudad con motivo del Centenario del Dr. Orfila,

pasaron a Villa-Carlos para desde allí trasladarse al Lazareto, notable monumento de principios del siglo XIX y de gran interés para la historia de la Sanidad.

Entre estos ilustres visitantes figuraban el Decano de la Facultad de Medicina de la Sorbona, Profesor León Binet; el Inspector de Sanidad; el Cónsul General de Francia en Baleares, Conde Edme de la Foix de Frenmonville; el Director del Instituto Francés de Barcelona, Mr. Pierre de Delffontaines y esposa; el Presidente de la Alianza Francesa Mr. Philipps Devey y esposa; el Decano de la Facultad de Farmacia de Barcelona, don Ramón Sanmartín y señora; el Jefe Provincial de Sanidad de Baleares, Dr. don José Porcel; el Presidente Accidental de la Diputación Provincial de Baleares, señor Feliu Blanes; el Secretario y Jefe de Ceremonias de la Diputación, señor Mascaró y el Secretario General del Gobierno Civil, don Juan Llabrés, acompañándoles en esta excursión el Sr. Presidente de la Sección Delegada de Menorca del Colegio Oficial de Médicos don Agustín Domenech y esposa y el Médico de esta localidad Sr. Sturla y esposa.

En dicho establecimiento fueron recibidos por el Director de Sanidad Nacional en Menorca Dr. don Francisco Aristoy Santo y esposa, los cuales hicieron los honores a los visitantes con la gentileza y distinción en ellos característica y obsequiando a los mismos con pastas y una copa de vino español.

MATASELLOS CONMEMORATIVO

Con motivo del Centenario de la muerte del Dr. Orfila la Dirección General de Correos y Telecomunicación autorizó el uso para dicha fecha de un matasellos conmemorativo de dicho Centenario.

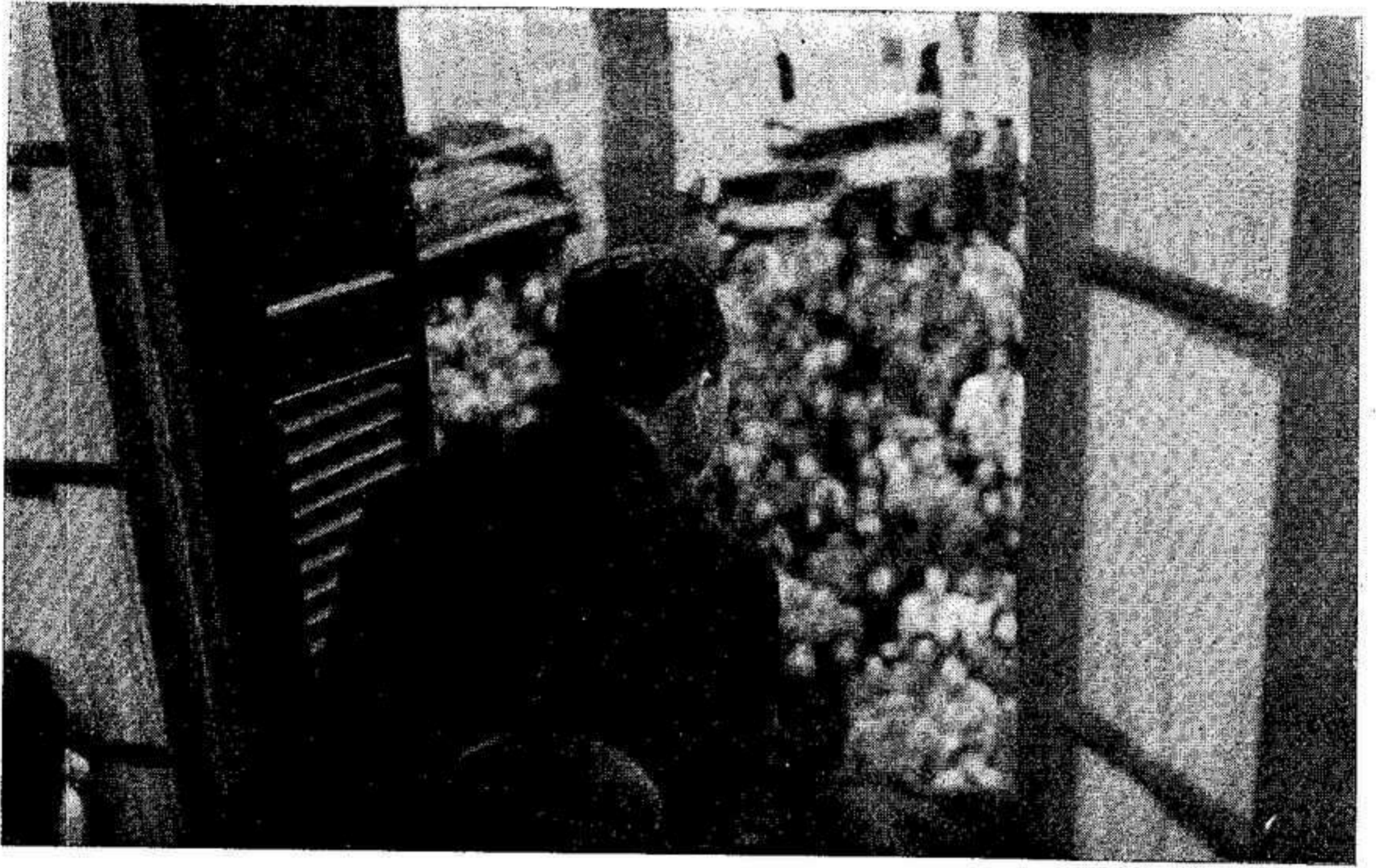
Fué muy crecida la correspondencia que con dicho motivo se cursó y enorme la cantidad de sobres y hojas con sellos de franqueo que se depositaron en la Administración Principal de Correos de esta ciudad para ser matasellados con el especial conmemorativo del Centenario del Dr. Orfila.



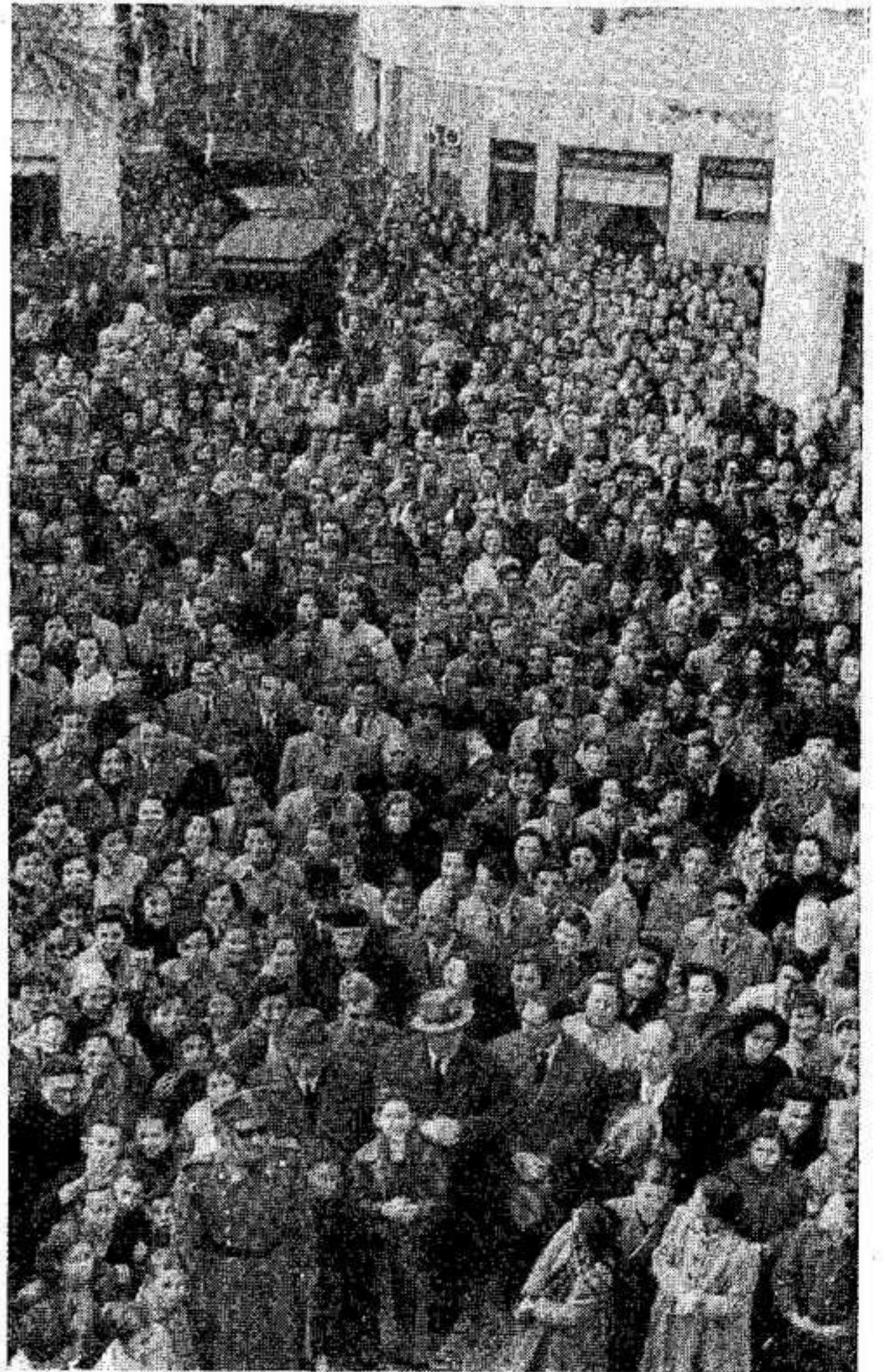
EL ALCALDE DE MAHÓN, D. JUAN VICTORY MANELLA, PRONUNCIANDO SU DISCURSO EN EL ACTO INAUGURAL DEL MONUMENTO A ORFILA.



LA MULTITUD APLAUDIENDO AL SR. RUIZ GIMENEZ AL ATRAVESAR LAS CALLES DE LA CIUDAD.



EL SR. RUIZ GIMENEZ DIRI-
GIENDO LA PALABRA DESDE LA
CASA DE LOS SEÑORES DE SIN-
TES A LA MULTITUD CONGRE-
GADA ANTE LA MISMA.



VISTA DE LA PLAZA DE COLÓN
ABORROTADA DE PÚBLICO, ES-
CUCHANDO LAS PALABRAS DE
DESPEDIDA DEL SR. RUIZ GI-
MENEZ.

INAUGURACION DE LA EXPOSICION DEL «LIBRO MEDICO ANTIGUO»

Discurso del Presidente del Ateneo Dr. Aristoy

Excmo. Sr., Señoras y señores:

En nombre del Ateneo, iniciador de estas exposiciones, tenemos el honor de dar la bienvenida al Sr. Ministro de Educación Nacional y a las ilustres personalidades que han venido para celebrar este Centenario, en especial a la representación francesa que han querido unirse a nosotros en este homenaje al distinguido hijo de Menorca, el Dr. Orfila, que triunfó en París logrando alcanzar una alta calidad científica y humana.

Mahón se vanagloria de ser la patria de Orfila y de haberle podido proporcionar, en su educación primera, los sólidos fundamentos de su futura formación. Aquí encontró un ambiente cultural de larga tradición. Esta tradición cultural de Menorca se debe a su circunstancia geográfica y es que esta isla, por su situación extremo-oriental en el Archipiélago Balear, constituye como un pequeño mundo aparte, distinto de las islas hermanas y esta diferencia se acentúa por el clima y por su geología. Los geólogos, al hablarnos del problema geológico de Menorca, nos dicen que esta isla se asienta sobre un bloque de terreno primario dependiente del primitivo macizo de los Pirineos, diferente de los terrenos secundarios, más jóvenes, de Mallorca e Ibiza, que prolongan la cordillera Bética. Este terreno primario engendra un paisaje característico, con algo de la melancolía norteña y el hombre es reflejo del paisaje en que vive; este paisaje suave y tranquilo invita al ensimismamiento, a la lectura y al estudio, no estando el ánimo alterado por un mundo exterior exuberante y dionisiaco como el de otros parajes mediterráneos.

El mar fué para Menorca camino de cultura; ya en los tiempos antiguos, cuando hacían escala en nuestro puerto las naves

que iban a Tartesos en busca del cobre y del estaño, floreció aquí una cultura de cuya importancia dan idea los numerosos restos de monumentos megalíticos que se conservan y que demuestran que nuestro pueblo tenía ya un contenido espiritual, puesto que en cada agrupación megalítica existía un templo con su «taula» símbolo de la divinidad. Decayó esta cultura cuando se desviaron las corrientes comerciales al abrir los cartagineses la vía del Estrecho. Pero nuestra isla, por encontrarse en una encrucijada de los amplios caminos del mar, siempre estuvo ante la expectativa de las más imprevistas arribadas, de gentes que venían empujadas por los vientos «*etesios*», aquellos vientos que, según Herodoto, empujaban las naves griegas hacia las Baleares, y siempre nuestro puerto, *Magog*, el mejor puerto del Mediterráneo, fué frecuentado por los navegantes que buscaban en él refugio y abrigo, cuando por la fuerza de los elementos, el *Mare nostrum* se transformaba en un *mare magnum* terrible y tempestuoso. Por esto Menorca fué un lugar en donde se entrecruzaron hombres, pueblos y civilizaciones y todos dejaron aquí su huella. De su cristianización en los primeros tiempos nos quedan dos monumentos notables: la «*Carta*» del Obispo Severo y la Basílica de Son Bou recientemente descubierta. Los árabes nos legaron la toponimia campesina. Luego de la Reconquista, Menorca se puebla, según las crónicas, de «buena gente catalana» y es desde entonces Barcelona meta y metrópoli de los estudiantes menorquines que desde allí se esparcen por la península española, por Francia y por Italia y regresan con un buen bagaje de cultura europea en forma de libros que nutren las bibliotecas isleñas.

Llega el siglo XVIII y Menorca se convierte en una base estratégica del Mediterráneo occidental muy disputada por las Cancillerías. La isla sufre invasiones; la convivencia con hombres de otros pueblos modifica costumbres y modos de ser, pero los menorquines saben asimilar y enriquecerse con lo mejor, en el orden espiritual, los libros, en el material, el mobiliario sobrio

y elegante, lo que caracteriza al hombre menorquín amante del hogar y del señorío. Del roce con el invasor sale fortificada su Fe tradicional y su patriotismo y, reintegrada a la madre patria, se produce un inusitado movimiento cultural y un deseo de superación y entonces surgen hombres como Orfila que una vez vencido el complejo isleño de que habla Marañón y fuera del ambiente insular, triunfan y se hacen célebres no solo en España, sino lo que es más difícil, en el extranjero, honrando doblemente por ello a su patria chica. Y aparecen investigadores, modestos y sabios, pero que están en relación con todos los científicos de Europa y que reúnen colecciones como la de algas, famosa y única en España y este afán de erudición se plasma hasta en el decorado de suntuosas residencias como ese palacio de Ciudadela en cuyo friso de sus salones se representa acompañada de su nombre científico, toda la fauna y la flora de la historia natural de Linneo.

Como fruto de esa inquietud intelectual, a principios de siglo se funda este Ateneo; su misión era la ampliación universitaria, como prolongación de la Universidad, tan necesaria en nuestro aislamiento insular, y como simboliza su emblema, iba a mantener encendida la llama viva de la ciencia y el arte, viniendo a ser a modo del «*alma mater*» menorquina. Acogió y siguió la publicación de la «Revista de Menorca», fundada en 1888, interesante archivo de la historia y la cultura menorquina y desde entonces ha venido laborando sin desmayar, siempre situado en primer plano de toda manifestación cultural isleña y a pesar de su economía harto precaria.

Por esto ahora, con motivo de este Centenario, ha aportado la iniciativa de estas Exposiciones, la una dedicada a revivir el recuerdo de Orfila en sus libros, sus retratos y sus cartas y que tiene por marco el magnífico Palacio de Archivos y Bibliotecas y Museo; la otra en este Ateneo dedicada al «Libro Médico Antiguo». La ocasión era propicia para dar a conocer estas joyas bibliográficas que constituyen la cultura médica de Menorca

precursora de la época de Orfila. Comprende esta exposición desde el siglo XV al XVIII, comenzando por un libro incunable, compuesto en 1418 por Valesco de Tharanta y publicado en 1500 y terminando por una obra escrita en latín por un menorquín, el Dr. Cursach, en 1790. En ella figuran la Anatomía de Vesalio, el Atlas de Remelinus, la edición inglesa de la obra de Ambrosio Paré y otros muchos libros curiosos y raros que tendréis ocasión de admirar.

Antes de terminar nos vamos a permitir haceros un ruego y es que cuando regreséis a Madrid os dignéis expresar a nuestro ínclito Caudillo nuestra más leal y fervorosa adhesión; que le digais cuanto fué nuestra emocionada sorpresa y nuestra satisfacción cuando hace poco más de un año se dignó acordarse de este Ateneo, citando elogiosamente nuestra colección de algas y, por último, que le afirméis nuestra decidida voluntad de seguir trabajando dentro de nuestra modestia, pero con todo entusiasmo por la conservación y el engrandecimiento de los valores culturales de la Patria. Y al reiteraros nuestra bienvenida y nuestro cordial agradecimiento a vos y a todas las ilustres personalidades que han asistido a este acto, nos atrevemos a esperar que esta visita, que tanto nos honra y nos enaltece, aparte del grato recuerdo que deje en nuestro corazón, ha de ser ubérrimamente fecunda para el Ateneo y para la vida cultural de Menorca.

Contestación del Ministro de Educación Nacional

Sr. Ruiz Jiménez

Sr. Presidente:

Al leer los versos que adornan las paredes de este salón veía que Verí ironiza con los médicos, y es que todos ironizamos con los médicos y con las mujeres, pero no podemos prescindir de ellos, los necesitamos y los buscamos porque son muy importantes en nuestra vida. De la importancia de los antiguos médicos de Menorca tenemos aquí una prueba de esta gran colección

de preciosos libros que revelan la extensa cultura de Menorca, porque como vos mismo me decíais hace pocos instantes, cuando me mostrabáis estas obras que, paralelas a esta rica colección, hay en las bibliotecas menorquinas, otras valiosas colecciones de obras jurídicas, de filosofía y de otras disciplinas del saber. Transmitiré al Caudillo vuestras palabras y así como él se acordó de este Ateneo, yo también prometo no olvidarme y ayudaros para que podáis continuar desarrollando esta interesante labor cultural.

SESION ACADEMICA

Discurso del Director General de Archivos y Bibliotecas
D. Francisco Sintes Obrador

Excmo. Sr. Ministro, Excmos Srs. Señoras y Señores:

Dos son las principales coordenadas a que puede referir el hombre ese su caminar terreno que llamamos vivir: el espacio y el tiempo. Congregados aquí para un acto directamente relacionado con el transcurrir del *tiempo* la conmemoración del primer centenario de la muerte del ilustre mahonés Doctor Orfila, quisiera que me permitiérais antes una breve referencia al otro de los términos de la relación espacio temporal antes mencionada, ó sea a la condición menorquina del homenajado y al hecho menorquín de una conmemoración a la que la presencia del Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz Jiménez, Ministro de Educación Nacional, imprime una importancia que la hace trascender de ese breve espacio de tierra torturada que es nuestra isla, y entrar en la historia de los grandes acontecimientos nacionales. Las ilustres personalidades francesas con cuya compañía tanto nos honramos y a las que no quiero que falte mi saludo agradecido nos recuerdan la dimensión internacional de nuestro compatriota; pero yo, que cada vez me siento más entrañablemente ligado a esta roca mediterránea donde nací, quisiera, brevemente, resaltar lo que pudiéramos llamar circunstancia menorquina de Orfila.

Es innegable que la actividad vital del hombre está influida poderosamente por las circunstancias del espacio geográfico en que aquella se realiza. Estamos, señores, en una isla a la que la intuición poética de un escritor asemejara a un barco navegando a través de mares de tiempo. La antigüedad más remota ha dejado aquí sus huellas en esas agrupaciones de cuevas y de construcciones talayóticas, donde ha quedado como archivada en piedra la cultura del neolítico y el arte megalítico. Las sin-

gladuras de los helenos, llevando en la proa de sus naves la invención de Europa dejaron aquí huella de su paso. Estrabon y Diodoro de Sicilia hablan ya de nuestros antepasados y en Canas, esa imperecedera lección de arte militar, se registra la importancia y el valor de nuestros honderos, apreciados como guerreros por Amilcar y por Anibal. Las culturas ribereñas del Mediterráneo, ese mar nuestro de la civilización de occidente, han encontrado en nuestra isla su punto de confluencia o han chocado en ella sus líneas de tensión helenos y fenicios, romanos y cartagineses han tomado esta tierra como jalón de la línea de demarcación de sus actividades, como presidio de sus tropas o como apoyo de sus naves. La tradición católica isleña remonta sus raíces a la gestión pastoral del Obispo Severo en el siglo IV y esta tierra que hoy nos sustenta ha soportado el leve paso de Orosio y las reliquias de San Esteban.

No ha sido tampoco ajena al paso de vándalos y bizantinos, a dominaciones omeyas, almoravides, al zarpazo de piratas normandos o de corsarios múslimes y a la actividad bélica de pisanos y catalanes que, con Alfonso III, la incorporarán a la Corona de Aragón repoblándola de *bona gent catalana*, según la Crónica de Muntaner.

Con la repoblación viene un rápido renacer de sus actividades económicas, sociales y políticas, reguladas dentro del sistema complejo y sutil de la Corona de Aragón primero y del Reino de Mallorca después, de acuerdo con aquella independencia jurisdiccional que recabaron y obtuvieron de Jaime II de Aragón, llamado *el Justo*, los comisionados menorquines Bernardo de Sangenis y Bernardo de Saguardia. Jaime II de Mallorca confirmó las libertades y franquezas de Menorca, en 30 de Agosto de 1301, firmando en Mallorca la *Carta puebla* continente de los privilegios, libertades y franquezas de esta nuestra pequeña isla, que como los hidalgos pobres vé esta prueba de su reconocida hidalguía con un afecto profundo, que exige la correspondencia de un también profundo respeto de los demás.

Desde entonces Menorca no ha dejado de dar pruebas de su profundo españolismo. Víctima de su situación privilegiada en el Mediterráneo occidental y codiciada por la maravilla natural del Puerto de Mahón, pasa varias veces a manos de los ingleses —durante la guerra de sucesión— y es también dominada por los franceses. Unos y otros, como también los italianos, han dejado recuerdos que en la arquitectura, en la decoración, en giros idiomáticos, en usos y costumbres—como la afición y disposición para la música, por ejemplo—reflejan una influencia, que nunca ha mermado la fibra española de unos hombres que, anclados en el Mediterráneo, construyen la primera tierra española que besa el sol al nacer y que no han perdido nunca la clara conciencia de pertenecer a la marca del Este de España, a una posición avanzada de la hispanidad mediterránea.

Pido perdón, señoras y señores, por esta introducción, breve ante mi cariño por esta tierra, pero sin duda demasiado larga ante vuestra impaciencia por oír al excepcional orador encargado de la conferencia de hoy. Creo solamente poder aducir en descargo de mis culpas, que esta que hemos llamado circunstancia menorquina del Doctor Orfila explica en no pequeña parte el que a los trece años nuestro paisano poseyera tres lenguas vivas, hablara bien el griego y el latín, poseyera una avidez de saber y una curiosidad siempre despierta que hacen que Fayol haya podido decir de él: «Por su nacimiento, por su naturaleza, por su cultura, por sus gustos y tendencias, por la formación que recibió y por la que dará un día, por las admiraciones que experimentó y por las que provocará más tarde—este balear es un puro clásico». Su gusto por la música—tan típico de los hombres de su tierra—y su formación humanística son una de las claves indudables de la trascendencia universal humana de su personalidad.

Deseoso de colaborar en alguna medida al sentido homenaje que hoy le tributamos sus paisanos, acepté hacer la presentación del conferenciante; pero ahora, al ir a cumplir mi encargo, me doy cuenta de que no debo en medida alguna realizarlo porque

los hombres universales no necesitan presentación y Pedro Laín Entralgo, aunque arraigado a Aragón por vía de la sangre y circunscrito a la Medicina por vocación del espíritu, es un hombre anclado en todos los puertos del saber e imantado a todas las geografías del afecto.

Pedro Lain Entralgo es el testigo de mayor excepción de eso que podríamos llamar sin optimismos beatos, la reconstrucción de la Patria. Una Patria no limitada a funciones individualistas hasta en lo político, sino trasvasada en esencia y misión hacia la universalidad de nuestros destinos. Estos días Lain Entralgo acaba de ofrecernos un libro de apariencia franciscana, pero de contenido ignaciano. Afrontando con una responsabilidad tersa y limpia los problemas de nuestra hora—de todas las horas aún las que están por caer—Pedro Lain Entralgo ha respondido con una fidelidad austera y jubilosa a las encrucijadas intelectuales que en este momento y en nuestra situación más nos importan.

Y ya con este libro—una de sus tantas aportaciones al saber y al entender de nuestro hombre y su circunstancia—tenemos trazada la semblanza de Laín, verdadero arquetipo de hombre intelectual que ha sabido llegar a las cuestiones y a los conflictos más espinosos y endoloridos de nuestra alma nacional con una intención unitiva y amorosa.

Lo que define a Pedro Lain Entralgo es su hombría valiente y su exigente actualidad. Esto de aceptar la crítica con un sentido trascendente y aquello de volcarse en las polémicas más difíciles de España con una actitud elegante y desligada de todo compromiso torpe.

Porque a Pedro Laín le dolió España en el corazón y en los ojos, se dedicó a estudiar a esos hombres del 98 que con su propio dolor descubrieron el sentido estético y hasta metafísico de una España que, si alguna vez atacaron, fué más que nada por ansia de recuperación y fecundidad. La rehabilitación de estos hombres, hecha sin servilismos ni resentimientos, ha quedado cimentada en esa obra de Pedro Lain Entralgo. «La gene-

ración del 98» punto de partida imprescindible para toda comprensión, no sólo del fenómeno literario, sino incluso de la función política y del quehacer histórico de nuestros hombres de hoy.

Porque también le dolió a Pedro Laín, viendo de cerca y por dentro a España, el problema de la inteligencia, el desgaste de nuestros talentos, la deficiencia de nuestra investigación, la insuficiencia de nuestra función docente, se consagró a seguir y estudiar con ánimo imparcial y aguda intención a la generación de 1912 y en este sentido, interesado únicamente en el decoro de España, apasionado por la evidencia de actitudes constructivas y valederas, ahí está su ensayo sobre «Las generaciones» libro en el que se plantea el problema histórico de España y que es el primer intento generoso y noble de querer convertir el «yo» disgregado en un «nosotros» solidario.

Todas las palabras de Pedro Laín han llevado siempre el propósito de crear equipos, no de hacer escuela, de buscar colaboradores, no de allegar sectarios. Y es que Pedro Laín es el símbolo del hombre íntegro, el hombre entero, el hombre lucido y transparente para quien los rencores y los odios son pura y simple enfermedad. Al hacer el diagnóstico de nuestra cultura en un ensayo maravilloso, Laín no encontró mejor subtítulo que el de «Confesiones de nuestro tiempo»; porque toda la obra de Laín ha sido esa postura de confesarse, eso de querer y poder decir con humildad, pero con entereza, lo mismo los pequeños yerros y los grandes vicios que los pequeños méritos y las grandes virtudes. Pedro Laín es algo más que un filo filósofo, como el ha querido bautizarse en alguna ocasión, es un pensador abierto siempre a los cuatro puntos cardinales de la preocupación nacional. Y así tenemos no sólo libros valiosos desde el punto de vista médico, que es su especialidad, sino también una biografía leal de Marcelino Menéndez Pelayo, que por muchos títulos puede considerarse todavía como patrón de toda navegación intelectual sería que quiera hacerse en nuestro ámbito cultural.

Toda esta humanidad y este valor de Pedro Laín Entralgo tiene a mi juicio una alta significación y casi una gracia providencial al venir unida en este momento oportuno el nombre prestigioso del hombre de ciencia mahonés, el ilustre Dr. Orfila.

Bien está que sea Pedro Laín Entralgo, quien nos diga ahora con las altas razones de su sobria documentación, cual fué la parte de magisterio del Doctor Orfila que todavía no ha llegado hasta nosotros, a pesar de que ahora mismo estemos celebrando su primer centenario.

Y está bien elegido el nombre de Laín Entralgo para hacer la revisión del Dr. Orfila, proceridad intelectual análoga a la de Cajal a quien ya nuestro amigo Pedro Laín, junto con el Dr. Marañón, ha sido el encargado de ubicar en la historia del pensamiento español en el puesto que le correspondía.

En el Dr. Orfila se dá como en Cajal un mismo espíritu inquisitivo de verdades y una misma valoración para jerarquizar la ciencia en la vida.

En los dos sabios se dá idéntica visión para resolver el problema de España, eso de que España necesita métodos y reformas en los planes de estudio para liberarnos del tópico de la improvisación y entrar de veras en la investigación por la vía fidedigna del ensayo.

Es una misma disposición del espíritu y un mismo cálculo humano, disposición del espíritu que, es en última instancia, religiosa y que por necesidad tiene que ser patriótica.

Ya es aleccionador comprobar que el último libro de Pedro Laín se titule «Palabras menores» donde en melodía a media voz trata de pasar revista a hombres de nuestra estirpe que no pueden pasar ciertamente por menores. Este es el estilo de Laín. No el tono mayor altisonante y hueco, sino el tono menor, humilde, pero eficaz y auténtico. Haciéndome eco del sentir de Menorca, me cabe la satisfacción de expresarle nuestro agradecimiento por haberse querido encargar de este recuerdo a nuestro paisano ilustre. Quiero igualmente agradecer la presencia de los repre-

sentantes franceses y de nuestros hermanos de la balear mayor que se han trasladado a esta Isla que los recibe jubilosamente. A Alejandro Rodríguez de Valcárcel, Gobernador Civil de estas islas, en cuya gestión tenemos tantas y tan fundadas esperanzas; al Rector Magnífico de la Universidad de Barcelona que no ha dudado en cruzar el mar para que podamos contar con el regalo de su presencia. A los Directores Generales de Enseñanza Universitaria y Laboral, dos de los más directos, inteligentes y dinámicos colaboradores de ese gran maestro y amigo el Ministro de Educación Nacional D. Joaquín Ruiz Jiménez. Y finalmente, en la ordenación enumerativa que no, ciertamente, en la importancia y en el afecto, quiero resaltar la excepcional importancia que para nosotros tiene la presencia en este acto de Ruiz Jiménez.

Quisiera referiros que estando en Mallorca, camino de esta isla, un temporal del norte, de nuestra «tramontana»—azote de Dios sobre esta tierra—puso en grave dificultad la posibilidad de ese traslado, recordando que semánticamente «aislamiento» deriva de Isla. Muchas generaciones de menorquines han vivido sobre este peñasco dirigiendo sus miradas ansiosas a ese mar que la circunda, bien para escudriñar, temerosos, si las velas que a ella se acercaban eran amigas o pertenecían a corsarios y enemigos—que tantas veces la asolaron y la tomaron como objeto de rapiña—bien para soñar lejanías, que es condición del que está físicamente circunscrito a un espacio reducido, buscar la compensación en el vuelo ilimitado del espíritu. Otras veces han pasado y con harta frecuencia—la angustia torturada de no ver barco alguno acercarse a sus costas, de sentirse solos y abandonados en un remanso de la vida o de la historia, es decir sentirse *aislados*; por esto apreciar más el gesto firme de la voluntad del Ministro para vencer la azul presión de las aguas y realzar este acto con su presencia física.

Con ello adquieren la certidumbre del conocimiento de uno de los aspectos más interesantes de la personalidad de Ruiz Jiménez: su espíritu abierto a toda inquietud y su voluntad decidi-

da de recuperación de todo valor. Así nos asegura el Ministro —con este su gesto que recordaremos siempre— que podemos vivir asegurados contra el más terrible de los *aislamientos*: el de la incompreensión y del espíritu. Esté, aquí o en su despacho sabemos ya, por haberse dignado convivir con nosotros esta jornada, que la preocupación siempre tensa de Ruiz Jiménez seguirá permaneciendo atenta a nuestros problemas e inquietudes.

Otra dimensión importante de su gesto ministerial es la de garantizarnos que las riendas de la gobernación de los destinos de la Patria los ha puesto el Caudillo en hombres como Ruiz Jiménez, intérpretes exactos del temple de servicio a los altos valores de la Patria que él encarna, y que se encuentran tan seguros de la vitalidad presente de la vida española y tan ávidos de incorporarla todo cuanto represente un valor positivo, que no contentos con la recuperación real y actual de los hombres y de las instituciones de hoy, se dirigen al testimonio de la historia para recuperar también para el gran acervo de la cultura española todo cuanto en un ayer supuso de aporte y de valoración española. Hoy Menorca agradece profundamente al señor Ministro de Educación que su interés, siempre vivo por todo, se haya fijado en la figura egregia de nuestro compatriota el doctor Mateo Orfila y quiere asegurarle que su gesto dejará una perenne huella de gratitud y una profunda estela de afecto en el corazón de todos los menorquines.

*

Conferencia del Magnífico y Excelentísimo Señor Rector de la Universidad Central, Doctor D. Pedro Laín Entralgo, Consejero del Reino

Excelentísimo Señor Ministro.

Excelentísimos e Ilustrísimos Señores.

Señoras.

Señores y amigos de Menorca.

Muchos de vosotros, sin duda, recordaréis unas palabras de un poeta español que, en unos cortos y sencillos versos, decía que en las cosas del amor sienta bien un poquito de exageración.

La amistad, forma del amor, ha visto que esta vez también se ha cumplido el aforismo. Un poco de exageración ha habido en las palabras de mi amigo Sintés. Yo os ruego que lo que habéis oído lo carguéis en lo que en ellas hay de amistad más que en lo que pueda haber de verdad. Así lo hago yo, y así os agradezco que lo hagáis.

Hace ahora cien años agonizaba en su casa de París el matorraño Mateo José Buenaventura Orfila, hombre eminente en su país de adopción, Francia, en toda Europa y, por supuesto, en esta España nuestra. Tan eminente, que nosotros, cien años después de su muerte, nos reunimos para conmemorar su figura.

Vamos, pues, a celebrar un centenario. Un centenario más, pensarán algunos; lo cual nos obliga de antemano a dedicar unos minutos a una reflexión sobre esto de los centenarios, cuáles pueden ser sus virtudes y cuáles sus riesgos.

Los motivos y sentimientos más diversos cruzan por el alma de los que, a cien años vista, conmemoran una figura eminente del pasado.

Por una parte, hay algo así, en nosotros, como el sentimiento del pago de una deuda. Es, sin duda, el motivo menos noble de todos los centenarios. Quien es deudor siente en su alma el peso de la deuda y una como liberación cuando, de un modo u otro, logra verse libre de ella.

Pues bien, cuando una persona eminente de nuestra estirpe, de nuestro país, de nuestro oficio, se yergue ante nosotros con tal estatura que, a pesar de la distancia de cien años, le vemos sobresalir y tenemos, frente a él, como una deuda, celebrando su centenario existe el peligro de que la celebración centenaria sea como decir a esta sombra del pasado: Ea, ya no te debo nada. Te celebré, te recordé, te ensalcé. Ahí queda la Historia. Yo cumplí.

Evidentemente, en el alma de todos nosotros, creámoslo o no, hay este sentimiento no noble. Pero, como en el alma del hombre hay muchas cosas que no son nobles, ésta también existe.

Junto a él, otro sentimiento, el logro de una complacencia, más noble, o menos innoble, que el anterior, pero tampoco de gran metal. Logro de una complacencia intelectual, estética, nacional, contemplando una obra científica, releyendo una obra literaria o viendo como una persona de nuestro linaje ha alcanzado personalidad histórica. Incluso el simple hecho de contemplar una vida, una vida humana, a través de aquello en lo cual la vida humana más directamente se nos revela.

Las obras de creación ponen en nosotros un acicate, un sentimiento especial, que, cuando la presentación es grata, se trueca en lo que decía: complacencia estética, complacencia histórica.

Celebrando un centenario muchas veces sentimos en nuestra alma este gozo frente a la contemplación del pasado, y más si se nos ofrece como una vista de perfección estética.

Por fin, hay un tercer modo, sobre el cual es preciso llamar

la atención de una manera preferente. En él nos situamos, frente a la figura cuyo centenario conmemoramos, con una intención distinta, la intención de adquirir un compromiso, un compromiso personal, un compromiso que puede sentirse en lo más íntimo y propio de nuestra persona o bien en el orden social de nuestra existencia.

Viendo uno de estos hombres cuya obra le ha hecho merecedor de que, al cabo de cien años, se le recuerde, podemos preguntarnos: ¿En qué medida y de qué modo me habla este hombre a mí, a mi vida? ¿En qué medida me dice algo que pueda ser para el futuro un compromiso?

O bien: ¿En qué medida habla a la vida de todos?

Repito que ésta es la manera más noble de celebrar la gloria de los que se fueron.

Luego veremos de qué modo nos habla a nosotros, hasta el punto de crear en nosotros un compromiso, la figura de Orfila.

Mas, antes de ello, es preciso que dediquemos unos minutos a contemplar, siquiera sea sumariamente, la vida y la obra de ese gran español, de ese gran francés, porque las dos cosas fué.

La pregunta que de modo inmediato se levanta ante nosotros es: ¿Quién fué Orfila?

Pregunta doblemente azorante. En primer término, por lo que toca a aquél por quien preguntamos: Orfila. Mas también, por la primera palabra de la pregunta, quién: ¿Quién fué Orfila?

Cada vez que esta palabra «quién» suena en nuestros oídos, nos sentimos íntimamente conmovidos porque con ella se alude nada menos que a una intimidad personal del finado. ¿Quién fué este hombre?

Interrogación azorante. Interrogación a la cual muchas veces no podríamos responder más que con unas humildes y glosadas conjeturas de historiador. Por eso, frente a una persona, y más frente a una persona de la cual no quedan más que restos históricos, haremos bien utilizando, en lugar de ésta, otra pregunta

más modesta, más introductoria. En lugar de ¿quién fué Orfila? nos preguntaremos ¿qué fué Orfila?

Nos preguntaremos, por tanto, por lo que hubo de exterior, de objetivo, de contemplable en esta vida. Después, veremos, si contestando de una manera históricamente satisfactoria a la pregunta ¿qué fué Orfila?, podemos indagar un poquito, por vía conjetural, en la respuesta a la otra pregunta: ¿Quién fué?

¿Quién fué este hombre? ¿Qué fué Orfila? ¿De qué modo se hizo visible y objetivo su secreto, el intransferible «quién»?

Y lo primero que descubrimos cuando nos hemos preguntado por el «qué» de este hombre es que tuvo muchos «qués», que fué muchas cosas en la vida, que tuvo una vida compleja, polidimensional, polifacética si queréis. Lo cual nos obliga, con una exigencia metódica, a ir deslindando cuáles son los principales «qués» de este hombre. Lo cual nos obliga a irlos estudiando con un poquito de orden y claridad.

Vamos a estudiar, pues, sucesivamente las caras, las facetas de una vida que tuvo muchas, y vamos a elegir, por supuesto, las más importantes.

Vamos a estudiar al profesor, al tratadista y hombre de ciencia, al decano, al perito de los tribunales de justicia, al hombre de mundo. Vamos a ver qué resulta de la consideración conjunta de todas estas caras, de todos estos rostros de este gran compatriota.

ORFILA, PROFESOR

No es por azar el que haya elegido este rostro de Orfila para comentarlo en primer término, porque quizá, quizá, la faceta en la cual logró una eminencia más destacada, indiscutible, más visible, fué ésta, en virtud de la cual se convirtió en el profesor más brillante de la Medicina francesa, en uno de los momentos también más brillantes de esta Medicina.

Orfila, en efecto, fué un profesor grande. Él mismo, en la pequeña autobiografía que dejó entre sus papeles, que ha sido publicada primero en francés y luego, por los buenos servicios de esta buena ciudad de Mahón, en castellano, en esta autobiografía esbozada, recuerda sus años de infancia y, con ellos, estas palabras que estarían sobre su espíritu juvenil: *Laborando fit faber*.

El artesano se hace trabajando él como artesano. Por tanto, a enseñar se aprende enseñando. Y tan hondamente lo sintió él, que ya muy temprano, ya a los catorce años, por una exigencia inmediata y espontánea de este profesor nato, se buscó alumnos por el gusto de enseñar, y por el gusto mayor de aprender enseñando.

En él se cumple a la perfección una máxima de San Francisco de Sales, el cual decía que hay un buen modo de aprender, que consiste en estudiar, un modo mejor, que consiste en escuchar, y un modo óptimo, el cual consiste en enseñar.

Pues bien, este hombre, descubriendo la profunda verdad de este aserto, desde los catorce años se consagra, y así, ininterrumpidamente hasta el fin de su vida, se consagra, por vocación, a la enseñanza.

A vosotros, hombres de Mahón, os complacerá, y aún os conmoverá, el recuerdo de este niño de trece o catorce años que, por estas mismas calles, busca compañeros suyos, muchachuelos de su edad, para instruirles en las Matemáticas, en la Física, quizá también en el Latín, que ya por entonces conocía, en el Francés y el Inglés.

Pues bien, este hombre descubre su vocación, su más honda vocación.

Luego, ya en París, unos pocos años más tarde, a los veintiuno, abre, como entonces era costumbre, un curso de enseñanza libre, un anfiteatro, esta vez para lecciones de Química. Un curso libre de Química que se vió honrado con la presencia

de los dos máximos hombres de ciencia, químicos franceses de la época, Fourcroy y Vauquelin.

Más tarde, un nuevo curso de Química, de Botánica, de Zoología.

Pronto adquiere notoriedad en todo París. Pronto sus cursos llegan a ser visitados por lo mejor de la juventud estudiosa parisiense. Pronto llegó a ser tal su fama que, nada menos que cuando Thénard deja su vacante en el Ateneo, la vacante de Química, se llama para cubrir su plaza a este hombre joven, jovencísimo, pero ya deslumbrador por su talento de profesor.

Su carrera ulterior de profesión es de maestro constante. Profesor de Medicina Legal, Profesor de Química Médica, y así, como decía antes, hasta el fin de su vida.

No es extraño. Pocas actividades del hombre para el cual tiene un sentido, dentro de su existencia, el saber, pueden ser comparadas a ésta de situarse ante unos muchachos con ojos ávidos, levantar ante ellos un edificio de palabras pobladas de pensamientos y advertir como el alma de aquellos muchachos se despierta, se enciende, descubre horizontes nuevos, descubre sentidos hasta entonces inéditos para su propia existencia.

Orfila fué de esos hombres. Enseñó por vocación. Enseñó por gusto. Enseñó, más tarde, ¿por qué no también?, por prestigio.

Uno de sus rivales, y por tanto no de sus más amigos, ha descrito con los mejores elogios, los elogios de los que no se deben a la lisonja, los elogios del crítico, ha descrito los éxitos verdaderamente fulgurantes de Orfila como Profesor en París.

También explica en la Facultad. Un anfiteatro, el máximo de la Facultad de Medicina, que viene pequeño ya para la masa de alumnos que desean oír su palabra y que acuden a los bancos del aula una hora antes de que llegue el profesor, que es recibido con aplausos estruendosos. Cuando él se levanta, con aquella mirada clara y exigente de respeto, con aquel ademán sencillo y señoril, y empieza a hablar; cuando él se levanta caen todos en silencio.

Fabre dice: «Ese menorquín ha sabido sacar todas las posibilidades, ha sabido explotar todas las ventajas de nuestra lengua en su alocución de profesor. Habla, dice, con los ojos, con los brazos, con todo el cuerpo. Y así se explica que este hombre de tal manera encienda entre sus alumnos el entusiasmo científico que de allí salen las mejores vocaciones para el futuro de la Química francesa.»

Así, impecablemente vestido, con su levita negra, con su chaleco blanco, con su corbata, negra también como la levita, día tras día, en las horas mejores de su existencia, aquellas en las cuales su vocación de profesor adquiere plenitud.

Pero... Profesor... ¿de qué? ¿Profesor sólo de ciencia ajena? ¿Profesor meramente recreador? ¿Profesor rutinariamente repetidor, aunque sea con brillantez?

No; no es así. Profesor de la ciencia de su tiempo y, por añadidura, de su propia ciencia. Lo cual nos lleva a considerar el segundo de sus «qués», el segundo de sus aspectos, su aspecto como tratadista y hombre de ciencia.

TRATADISTA

No estuvo a menor altura el autor de libros que el autor de lecciones y, como también su alma le pedía la comunicación escrita con los capaces de aprender, después de un curso de Medicina, de Química Médica, después de advertir, como por la iluminación de un relámpago, que la Toxicología Médico-Legal no existía en forma satisfactoria, este hombre, con poco más de veinte años, va a un editor de París que, naturalmente, no conocía más que de una manera vaga su nombre, porque su nombre iba ya de boca en boca como profesor libre, y le dice:

—Vengo a establecer con usted un contrato. Vengo a que usted me adelante tantos francos y yo le garantizo que en el

plazo de dos años le entregaré un *Tratado de Toxicología Médico-legal*.

—Me sorprende usted —le contestó el librero—. Me sorprende usted porque nadie me ha propuesto algo análogo y precisamente por la novedad y por el aspecto de usted se lo acepto.

Este hombre, pues, por un movimiento espontáneo de su propio espíritu, siguiendo pura y exclusivamente una vocación, se lanza a la segunda de sus actividades, la actividad de tratadista.

Cinco hermosos tratados le deben la Medicina francesa y la Medicina universal. En primer término, éste de que hablé, el *Tratado de Toxicología General*, con el cual crea una ciencia en cierto modo nueva: la *Toxicología al servicio de los Tribunales de Justicia*. Luego, un *Tratado de Química Médica*. Más tarde, otro de *Medicina Legal*. Luego, uno de *Exhumaciones Jurídicas*. Y, por fin, un tratado de *Socorros a las personas asfixiadas o envenenadas*.

De todos ellos, los tres primeros son clásicos en la materia que trataban. En todos ellos, el orden, la perfección de la información científica, el método, la claridad, la habilidad, por grabar en la mente del lector el contenido del libro, son, sin hipérbole, magistrales.

Unase a esto casi un centenar de monografías científicas y trabajos científicos, ya de volumen menor, publicados en las revistas médicas.

Éste es el marco externo de la obra científica de Orfila.

Como nos debemos principalmente a la verdad, como él, no vamos a afirmar que Orfila sea uno de los grandes creadores de la Historia del pensamiento científico. Ponerle, como algunos han hecho, al lado de un Galileo, o un Newton, indudablemente es una exageración frente a la cual él mismo se habría sublevado.

No; no pertenece al orden de los creadores excepcionales de la Historia del pensamiento científico. Pertenece a los hombres

dotados de una inteligencia profunda, clara, comprensiva y, por tanto, capaz de reducir al orden y a edificación serena todo lo que tocan. Y esto son sus tratados.

Pertenece también al estilo de estos hombres en posesión de una mente de las que, además de armoniosas, completas y serenas, inquietas y preocupadas por la verdad, logran por su esfuerzo enriquecer lo que tratan con multitud de hallazgos personales, siquiera ninguno de ellos alcance el volumen de los conseguidos por un Galileo o un Newton.

Efectivamente, la marcha de la investigación médico-legal en los casos de intoxicación, asunto sobre el cual muchos han consagrado ya su atención en forma eminente, por ejemplo Marsh en la investigación del arsénico, la marcha, repito, de la investigación médico-legal adquiere, como decía antes, método y orden verdaderamente eficaces por obra de Orfila. Y así ha sido el creador de muchos métodos y puede ser considerado como el creador de la disciplina científica a la cual pertenece la Toxicología Médico-legal. He aquí el mérito imperecedero por el cual el Orfila, hombre de ciencia, quedará en la Historia.

Fué un claro, un profundo, un metódico talento de la aplicación de los conocimientos. No fué uno de estos que descubren uno de los grandes secretos de la Naturaleza. Tuvo este talento y, gracias a él, su figura, como recordaba hace un momento Francisco Sintés, quedará en la Historia en un lugar enormemente decoroso, en un lugar siempre de distinción, mientras los hombres tengan la nobleza de acordarse de donde procede lo que ellos saben.

Pero no sólo es el profesor, no sólo fué el hombre de ciencia y tratadista. Orfila fué también, y no de un modo menos eminente que en los otros órdenes de sus actividades, fué un ordenador de su profesión de profesor, de médico. Fué, llamando las cosas por el nombre administrativo, fué Decano.

Fué Decano de la Facultad de Medicina de París.

Híbrida y azorante situación la de un hombre de ciencia so-

bre cuyas espaldas cae un cargo, como éste, el de Orfila, el de Decano.

Hombre al cual lo mejor que cabe es aplicar las palabras de máxima dignidad para designar a un hombre, transportándolas hasta aquí. Mas esas palabras a que me refería son aquellas con las cuales se nombra la dignidad del Sumo Pontífice, el cual es *Servus servorum Dei*. Siervo de los siervos de Dios.

Pues bien, en su modesta y administrativa esfera, transportando las cosas al orden humano, este Decano es un *Servus servorum sapientiae*.

Él, que tiene que dejar en buena parte su obra, que tiene que renunciar al gozo de la creación original, alcanza la servidumbre y la grandeza de ser siervo de los siervos de la Sabiduría.

Orfila lo fué con toda dignidad, con toda entereza. Por eso su nombre ha quedado entre los de los Decanos de la Facultad de Medicina de París. Ha quedado entre los más eminentes.

El ilustre Decano actual de la Facultad de Medicina de París, Profesor León Binet, que nos honra con su asistencia, me decía hace pocas horas que él todos los días contempla sobre la mesa de su despacho la bella medalla de bronce que David, el escultor, hizo de Orfila. Y allí está como testimonio de lo que antes decía, de que los diez y siete o diez y ocho años que ejerció el Decanato de la Facultad de Medicina de París nuestro ilustre compatriota son memorables por su gestión en aquella Escuela.

A él se debe, a él se deben una serie de innovaciones de orden administrativo importantísimas en la Facultad a que perteneció: la construcción de una Clínica de Partos; el establecimiento de un Jardín Botánico en la Facultad de Medicina de París; la creación de una Escuela de Clínica Práctica en la misma Facultad; la construcción de nuevas salas de disección; la creación de un Hospital de Clínica, novedad importantísima en la época; el establecimiento del Museo de Dupuytren, con el legado que este gran cirujano dictó al propio Orfila cuando éste era Decano; la creación de un Museo de Anatomía Comparada;

y, por fin, instituye reformas, en orden a la enseñanza y a la práctica de la Medicina, que bien puede decirse que durante diez o quince años, los de su esplendor con el mando en el Decanato, Orfila ha sido el árbitro de la Medicina oficial francesa.

Que esto comportó críticas, ataques y disgustos, por supuesto. Por encima de todos ellos, los disgustos. Ya son de orden externo los que asaltaron al gran Orfila en 1836, con motivo de unas revueltas estudiantiles que determinó la elección de un catedrático de Anatomía, Plandand, en lugar de otro que, a juzgar por sus alumnos, no sé hasta qué punto justificados, tenía más méritos que el elegido.

Como consecuencia de ello viene lo que, con caracteres épico-burlescos, tal vez constituya el monumento literario con que de modo más digno se ha celebrado la gestión de Orfila como Decano, la publicación de un poema en tres cantos, heroico-burlesco, cuyo autor era este que antes nombré como uno de sus enemigos, Fabre. Un poema titulado *L'Orfilaïde*, con resonancia naturalmente radicada en la antigüedad clásica.

A él pertenecen estos versos en los cuales nos pinta la arrogante firmeza con que Orfila cumplió su mandato de Decano. Van entrando en la descripción del poema, anunciados por un macero de Hipócrates, distintos personajes y llega, por fin, Orfila y se cuenta su aparición en estos versos:

Messieurs, le Roi! Mais non, c'est le Doyen.
Facile erreur du massier d'Hippocrate,
Dont, pour ma part, je ne l'accuse en rien.
A son ton haut, a sa pose autocrate,
On le dirait, et certes je le crois,
Fait du lemon dont on pétrit les rois.

Hecho del barro con que se amasan los reyes. Aunque dicho en tono burlesco, ciertamente, el elogio no es baladí.

Orfila, Decano, hombre de ciencia, tratadista y profesor. Pero no acaba aquí su figura. Podríamos decir aun que si en virtud de todos estos títulos su nombre corría por las bocas de París como

uno de los personajes más populares, más comentados de aquellos años, sin embargo, repito, otra actividad suya fué la que hizo trascender su nombre a toda Francia, y de Francia a Europa entera, su actividad como Perito de los Tribunales de Justicia, su actividad como Perito judicial.

La pericia de Orfila como toxicólogo hizo que fuera llamado innumerables veces a declarar ante los Tribunales. Esto le dió, como es obvio, resonancia extraordinaria, porque algunos procesos —todavía se habla del famoso proceso Lafarge en el cual intervino Orfila— conmovieron la opinión pública francesa.

Pero, además, aparte de esa resonancia puramente externa, puramente bullanguera si queréis, esta actividad de Orfila, severa, veraz, metódica, siempre al servicio de la verdad y de la justicia, tuvo consecuencias enormemente beneficiosas en orden precisamente a las costumbres que los Tribunales de Justicia han de juzgar. Me estoy refiriendo a la eficacia de la obra de Orfila, en la restricción de la práctica del envenenamiento. Naturalmente, el envenenamiento, que por sí mismo es un asesinato, sólo es cometido cuando el que lo comete tiene algunas garantías para escapar a la acción de la Justicia.

Pues bien, la práctica de los análisis de Orfila, sobre todo en lo que concierne al arsénico, que entonces era el veneno más empleado, determinó, naturalmente ayudado por lo que otros hicieron antes que él, pero nadie con más eminencia ni más resonancia que él, determinó que el número de intoxicaciones criminales, el número de asesinatos, descendiese vertiginosamente.

Dos cifras. En 1839, en Francia murieron ciento ochenticuatro personas intoxicadas criminalmente con arsénico. 184 asesinatos arsenicales. En 1892, cuando ya ha adquirido eficacia social esta acción reveladora de los peritos en los casos de asesinatos, el número de muertos no pasa de veintiuno, a pesar de que, como es natural, la población ha crecido considerablemente.

Centenares y centenares son los procesos en los que Orfila

intervino. El proceso Mercier y el proceso Lafarge son, sin duda, dos de los más famosos y pertenecen ya a la literatura popular francesa. Este pleito del lafargismo, del lafargismo determinado por la literatura en pro las más de las veces, en contra las menos, de esta envenenadora que logró embaucar con su aire angelical y un poco desmayado, era la época del romanticismo decadente, logró embaucar a no pocos que contemplaron su «caso».

Mas también, y sin ello tampoco no se comprendería íntegramente la personalidad de Orfila, también el hombre de mundo que Mateo Orfila fué.

ORFILA, HOMBRE DE MUNDO EN PARIS

Orfila, hombre de mundo en París. Desde muy joven, porque en cuanto adquiere notoriedad su magisterio libre, en cuanto por las bocas de los que comentan los sucesos científicos y didácticos de París empieza a decirse que un muchacho joven descuella enormemente por su talento en la enseñanza y en el cultivo de la Química, este París novelero, sin duda, pero noblemente novelero cuando se trata de talentos científicos y literarios, este París le llama inmediatamente a su vida social.

Curioso suceso histórico, éste del triunfo de Orfila, este muchacho que llega a París desposeído de todos los medios de fortuna, porque hasta los pocos francos que tenía los ha cedido a un amigo, el cual no se los devuelve; este hombre que llega a París con pocos céntimos; este muchacho absolutamente desconocido, que en 1808, como consecuencia de la guerra entre Napoleón y España, es detenido como uno de tantos y, por tanto, absolutamente desconocido en el París de la época, es un chico, repito, que pocos años más tarde concurre, como uno de los jóvenes más brillantes, a uno de los salones más brillantes del París de fin del bonapartismo y comienzo de la Restauración, el salón de la Princesa Vaudemont.

No solamente a este salón concurre. De él pasará a los salones de la Condesa de Rumford, que hereda la clientela que había nutrido el salón de la Princesa Vaudemont. Y, más tarde, este hombre social por naturaleza, complacido en el trato social, tan brillante, de la ciudad a que por adopción pertenece, abrirá, cuando sus medios de fortuna se lo permitan, abrirá su propio salón, el salón de Orfila, y en él dará reuniones todas las semanas.

Sin esto no se entendería por completo la figura de Orfila. ¡Qué tema para un ensayo de reminiscencia, entre colorista y delicada, éste de los salones de París de la época de Orfila! Momento único en la Historia. Porque el salón de París, el salón en el cual confluyen las personalidades de nota en la Política, en las Artes, en las Ciencias, en las Letras, tiene su existencia desde que París es el centro de una monarquía fuerte hasta hoy.

Estos salones en los cuales se cultiva el gusto de una conversación discreta, ingeniosa, mesurada, socialmente eficaz. Estos salones en los cuales muy buena parte de la vida del país se hace, o se deshace. Pero en la época de Orfila repito, el momento es, históricamente único. El momento, es absolutamente irrepetible, aunque en él confluyen los últimos aristócratas, en plena posesión de los derechos que históricamente tenían desde la constitución de la aristocracia como clase social, y, por otra parte, los primeros burgueses. Es el momento inmediatamente posterior al auge de la burguesía que ha traído la Revolución Francesa, que determina que por primera vez confluyan, los príncipes, los duques, los industriales y los banqueros enriquecidos, los hombres de ciencia, que con éstos también cuentan.

Y así en las descripciones de Orfila, que hace a su padre, en dialecto menorquín precisamente, desde el París de 1815 y 1816, así vemos que nombra, por una parte los duques y los príncipes, el Duque de Richelieu, que entonces era Primer Ministro de Luis XVIII, y junto con él los literatos y hombres de ciencia de la época.

Poco más tarde, todavía bajo Carlos X, todavía bajo Luis Felipe, la época de máximo auge en el prestigio social y científico de Orfila, todavía concurrirán estos últimos aristócratas no porque hoy no existan pero con plena vigencia histórica evidentemente como entonces llamó y con el triunfo de estos burgueses que Balzac ha descrito.

Es el momento en el que está Alejandro Dumas, está Victor Hugo, está Lamartine, está Vigny, está Berliez, están los hombres del Romanticismo francés.

He aquí otro ingrediente fundamental de la existencia histórica de Orfila. El triunfó porque por naturaleza estaba dotado para triunfar.

Dice un biógrafo: «Estatura elegante y noble continente, gestos armoniosos, fisonomía dulce y fina, frente levantada, mirada clara y exigente de respeto, palabra fácil, hermoso timbre de voz», dice hablando de la presencia de Orfila en los salones.

La voz ha pasado ya a lo legendario. Esta ayuda de la voz de Orfila, una hermosa voz de barítono que pesó ciertamente en su carrera de los salones parisinos.

Conocéis las dos décimas de la época de Dubois:

S'il n'avait pas trouvé dans sa voie la fortune,
il eût trouvé la fortune dans sa voix.

Este hombre, con su voz, con su voz abrió uno de los reducidos a través de los cuales penetró en el corazón de la misma vida francesa.

He aquí las facetas más importantes de la vida de Orfila. He aquí el conjunto de sus «qués» más relevantes, más destacados.

Y lo verdaderamente peculiar, y lo que verdaderamente nos ayuda para pasar con una cierta timidez conjetural, del conjunto de los «qués», del conjunto de facetas externas, al «quién» de la persona que estaba dentro de ellas, como su verdadero autor, es precisamente la diversidad, que, por otra parte, produce la fácil armonía, el brillante y bien trabado conjunto de todas las actividades dentro de una misma vida humana.

Fué Orfila, como veis, hombre de talentos múltiples, pero capaz de usarlos, de enlazarlos, de edificarlos armónicamente. Fué, y esto es otra de las notas fundamentales de su existencia, fué un artista de sí mismo, fué autor de una vida bien compuesta, de una vida armoniosa, de una vida —como también decía antes Sintés—, de una vida clásica. Y esto es lo curioso en medio del turbión del Romanticismo.

He ahí otra peculiaridad histórica en la vida de Orfila en medio del fragor del Romanticismo. En torno a él se mueven las campañas suscitadas por el estreno de Hernani. En torno a él, Lamartine despierta tempestades de lágrimas. En torno a él, los hombres se suicidan, empeñan su vida con este afán, por una parte, cuasi divino, por una parte, cuasi demoníaco, en virtud de los cuales se lanza desmesuradamente a hacer su vida, de hombre romántico.

Y en medio, en medio de esta vida, este hombre bien compuesto, este hombre armónico, este hombre brillante, este hombre dueño, constantemente dueño, de todos sus talentos y recursos.

¿Habremos de ver en él al mediterráneo, al hombre de este mar, al hombre clásico, al hombre al cual nunca faltan ni el metro ni la armónica serenidad? ¿Habremos de ver en él, repito, al clásico por infancia, por la educación que en él van poniendo las primeras imágenes de su vida y, en virtud de todo esto, al hombre que ha sido capaz de resistir, con medida y armonía, el vendaval romántico? Dueño de sí y de sus talentos, este hombre, en aquella época de raptó, de trance, en aquella época en que privaba la entrega espontánea, y, por tanto, casi impremeditada, de lo que la vida había de dar, este hombre, lo sabemos por sus papeles, hacía previsiones semestrales de su propia existencia. Día tras día y hora tras hora, sabía cada seis meses lo que había de hacer. Este hombre fué constantemente puntual. Fué esclavo de su deber. Todos se lo reconocen. Todos reconocen que él se mantuvo como Decano durante estos años, que

fué el árbitro de la Medicina oficial francesa, precisamente por este severo y eficaz cumplimiento puntual de sus propios deberes.

Vemos, pues, a Orfila como compone sobre sus talentos una finalidad mañosa, como dentro de ella está él, el dueño de sí mismo. El «quién» de esta persona se define por el perfecto, por el eficaz administrador de sus múltiples, de sus varios talentos.

He aquí un hombre redondo, brillante, armonioso. Por eso les decía que tratar de entenderle según una de sus facetas era desconocer probablemente lo que de más íntimo tuvo en su propio ser, en su propio espíritu.

Que esto fuese acompañado de algún ribete discutible... ¿por qué no?

Ciertamente sus enemigos se excedieron en el comentario agrio. El más famoso de todos el del poeta Heine, el cual desde París va comunicando a Alemania sus impresiones, y, con motivo del proceso Lafarge, Heine, hombre radical, había de ponerse al lado de la opinión republicana, representada por Raspail.

Pues bien, Heine vitupera cruel e injustamente, hay que decirlo, a Orfila, pintándole muy según lo que en él había de hombre social, siempre buscando el prestigio aparente, buscando el relieve de su personalidad en el mundo en que vivía.

Pero algo había. Es preciso confesárnoslo con absoluta sinceridad, con absoluta lealtad. Los hombres que así proceden, como Orfila, los hombres que de tal manera sofrenan la entrega a una de las dimensiones de su personalidad para armonizar todos sus posibles talentos son hombres que están constantemente representando su papel en el escenario social, son hombres en los cuales hay un poquito de actor.

Y en la vida de Orfila, cuando se ve con mirada de historiador, se descubre que en él, efectivamente, había un poquito de actor, había un poco de gusto por este dominio de la situación, contemplar este dominio por los ojos de los demás. Había hasta un regusto vanidoso en la posesión, en la contemplación y en la degustación de sus propios talentos.

dividido el Reino, cuatro por cada una. Que seguirían estos alumnos, bajo su dirección unos cuantos cursos de Química y al final de sus estudios, añadía, aquellos que en concurso serio hubiesen sido señalados como dignos de ocupar una cátedra serían nombrados inmediatamente Profesores de las Academias o Universidades, con destino a las poblaciones industriales y mercantiles respectivas. Estoy convencido, añade Orfila, de que, adoptando este sistema, dentro de diez o doce años España no tendrá nada que envidiar a las demás naciones del mundo en cuanto a Química y yo podré felicitar me de haber podido proporcionar a mi país un señalado servicio.

Fernando Jansá, muy certeramente, recordaba estos incidentes hace poco, ofreciéndolos a vosotros en las páginas de vuestro periódico.

Pues bien, el Ministro, que fué, tal vez, repito, el Duque de San Carlos, recibe esta carta y, con un pique de hombre de mando que no se aviene a razones, contesta inmediatamente, a vuelta de correo, a Orfila: «Si quiere usted venir, venga, pero los planes de estudios los hago yo y no usted. Por tanto, si acepta, que sea sin condiciones».

Se ponen en colisión dos amores propios, dos pundonores, dos prestigios. La conclusión es una frase escueta, brevísima, que el propio Orfila pone en ese esbozo de autobiografía a que antes me refería: *Je restai á Paris*. Me quedé en París.

He aquí, pues, decidida la pérdida de Orfila para la ciencia española.

Repito. He aquí un compromiso que debemos adquirir frente a nosotros mismos, como españoles. El compromiso de hacer lo posible con nuestra actitud, con nuestro deseo, con nuestra expresión, hacer lo posible para que casos como este de Orfila no puedan darse.

Desdichadamente en este país en que el amor propio tantas veces se encrespa, desdichadamente se pone a veces en trance de repetir casos como el de Orfila.

Yo, perdonad que os diga ya una confidencia, estoy seguro de que esto hoy no ocurriría. Mas es preciso que no ocurra ni hoy ni nunca.

Es preciso que el centenario de Orfila pase por nuestras almas. Que el centenario de Orfila pase por nosotros, haciendo levantar, haciendo vivir en nosotros el compromiso de que lo que ocurrió con Orfila no vuelva a ocurrir.

Y, por fin, un segundo episodio. Éste anterior todavía, que también nos mueve a compromiso nacional, que también nos mueve a compromiso social.

Este ocurrió muy poco antes, en Valencia.

Orfila es el alumno más brillante de una Facultad pobre y amenazada, la de Valencia. Tan amenazada, que se cree esta Facultad en la obligación de abrir un concurso nacional, presenciado por hombres de ciencia de toda España, para que, viendo la calidad de sus alumnos, el Poder Central desista de sus propósitos que se dice que circulan, de cerrar los Estudios Superiores levantinos.

Pues bien, se celebra un concurso de Química al cual concurren tres muchachos, entre ellos Orfila. Y Orfila, en una doble intervención, un día, por la mañana y por la tarde, en disertación y en respuestas a objeciones, alcanza un triunfo memorable, alcanza un triunfo del cual se habla en la ciudad como del suceso más importante durante bastantes días.

Él lo cuenta a su padre con la complacencia, con la alegría que es de suponer en un hombre capaz de alegrarse tanto con sus propios éxitos.

Pero, al día siguiente del concurso que dió el triunfo a Orfila, alguien, no sabemos quien, un delator, le denuncia anónimamente a la Inquisición. Y Orfila, este muchacho estudiante, excelente cristiano, lo demostró y lo siguió siendo hasta el fin de su vida, se encuentra en la perplejidad, en la zozobra, digámoslo, en un sentimiento de amenaza, al ser llamado por el Inquisidor

de Valencia a su despacho para responder de algo que toca a las actividades de la Inquisición.

He aquí como nos cuenta el propio Orfila la entrevista: «Me recibe el Inquisidor de Valencia, un eclesiástico, pinta él, de unos cincuenta años, alto, afable, cordial, y me pregunta: ¿Es verdad que en la sesión de ayer, cuando era usted el argumentado, dejó entrever, según los conocimientos físicos y geológicos que ha bebido usted en los autores franceses, que el mundo es mucho más antiguo de lo que se dijo y quiso usted presentir que sus opiniones sobre el origen y la creación de tantas maravillas no son ortodoxas?». Y contesta Orfila: «Mi contestación fué perentoria y de tal naturaleza que le satisfizo. Y levantándose el Inquisidor me condujo, cogiéndome de la mano, a su hermosa biblioteca. Me mostró que había allí muchos libros de ciencia y terminó la entrevista con un abrazo y estas palabras: Vaya usted, joven. Siga tranquilamente sus estudios. Honre usted a España. Y, sobre todo, no olvide que a la hora presente, en este país, la Inquisición no es ni tan quisquillosa ni tan bárbara como se supone».

Y comenta Orfila: «¡Qué dicha fué la mía después de tan amable entrevista!».

He aquí el suceso decisivo en la vida de Orfila. Decisivo porque la resolución amable, la franqueza de espíritu y de conducta en que se encontró este muchacho después de la entrevista con el Inquisidor de Valencia le abre precisamente una carrera que habría de conducirlo adonde le condujo, entre otras cosas a morir cristianamente, siendo enterrado por el Párroco de San Sulpicio, el cual hizo su elogio como cristiano.

Pero... y si en lugar de encontrar un hombre como el que encontró, un hombre capaz de saber hasta donde debe llegar, se hubiere encontrado como Inquisidor con un hombre del temple del Ministro que le rechazó... ¿qué hubiera pasado entonces con la persona y con la obra científica de Orfila?

Amigos míos, he aquí otro punto por el cual debemos adqui-

rir frente a nosotros mismos un compromiso. El compromiso de que cuantas veces tengamos que actuar, por una razón o por otra, presidida en nuestro espíritu la intención de este abierto, cordial, amistoso Inquisidor de Valencia que, mediante un abrazo y una excursión a una biblioteca hizo posible que Orfila fuese lo que más tarde fué.

He aquí, pues, los dos grandes motivos por los cuales podemos movernos a compromiso personal. Uno de orden estrictamente nacional; si queréis, político: que no sea posible que por una actitud como la de este Duque de San Carlos se pierdan los Orfilas de España.

El otro, de orden religioso. Que no sea posible que por actitudes diferentes de la que tuvo ese buen eclesiástico valenciano se pierdan para España y para la Ciencia los Orfilas que, en germen, existan o puedan existir siempre entre nosotros.

Creo que estos son los tres modos con arreglo a los cuales os decía podíamos celebrar un centenario.

Hemos pagado nuestra deuda a Orfila. Nos hemos deleitado contemplando su figura. Y yo más que vosotros, porque he podido hacerlo más directamente y vosotros sólo a través de mi torpe palabra. Pero, sobre todo, adquiriendo todos y cada uno de nosotros un doble compromiso. El compromiso de hacer lo posible para que los Orfilas que existan en España no dejen de existir en España, para que los Orfilas prosperen entre nosotros y no tengan que trasladarse a un país evidentemente amigo, eminentemente comprensivo de los valores de todas partes, y, si quieren, de los españoles cuando se presenten, pero país que por muy amigo que sea no nos impide desear que, en lo sucesivo, los hombres del temple de Mateo José Buenaventura Orfila crezcan en España, enseñen en España y hagan fructífera la vida española.

Discurso del Cónsul General de Francia en Baleares, Conde Edme de la Foix de Fremonville

REPRESENTANTE DEL EMBAJADOR EN ESPAÑA

Excelentísimo Sr. Ministro.

Excelentísimos e Ilustrísimos Señores.

Señoras.

Señores.

Llevo ya año y medio en este Archipiélago y lo quiero de cada día más. Es para darles un testimonio de este afecto que deseo expresarme hoy en español, probablemente más mal que bien rogándoles su indulgencia y el permiso de conservar un poquito mi acento de origen.

En primer lugar tengo el deber de expresarles el vivo sentimiento de Su Excelencia el Embajador de Francia en Madrid, que no ha podido corresponder a la amable invitación que le fué hecha, por llevar un gran luto muy reciente. Mi Embajador me ha rogado que le represente hoy.

Luego, quisiera saludar a las Altas Autoridades civiles, militares y eclesiásticas aquí presentes.

Cumplidos estos deberes, permítanme evocar a mi vez brevemente el nombre célebre del doctor Orfila.

Tienen aquí la calle Orfila. Existe otra en Palma y hay otra también en París.

Además de la calle, tendrán la estatua del doctor Orfila.

Me alegra que la participación francesa haya contribuido, en cierta medida, a su erección.

¿Cómo mejor recordar a un hombre sino con una estatua o un sepulcro?

Tenemos en Francia la tumba del doctor Orfila. Tienen en la iglesia de Santa María la de dos Gobernadores franceses de Menorca bajo la ocupación francesa, al Marqués de Fremeur y al Conde de Lannión. Creo, por otra parte, no equivocarme al recordar que los visitantes del Alcalde de Mahón son recibidos poco después de la entrada de la Casa Consistorial por el retrato del Conde de Lennión.

Tenemos la tumba del doctor Orfila, hijo de Menorca. Reposan en el cementerio de Mahón los restos mortales de hijos de Francia, caídos en la Guerra llamada de Siete Años, en la que las armas españolas y las francesas estuvieron asociadas. Yacen en este mismo cementerio los restos de franceses muertos de resultas de la campaña de Argelia.

No se puede pasar por Ciudadela sin evocar los desastres que fueron los naufragios de varios barcos franceses como «La Moricière» y el «General Chanzy». En el cementerio de Ciudadela tienen también un monumento muy emocionante a las víctimas del «Gouverneur Général Chanzy».

Estas evocaciones son quizás tristes, pero todo nos recuerda en esta isla de Menorca que ciertas páginas pertenecen en común a la Historia de España y a la de Francia. Confieso que siento que los turistas franceses, que vienen numerosos a Mallorca, no vengan en mayor número a evocarlos a Menorca, gustando al mismo tiempo del encanto de su isla, todavía poco conocida por los extranjeros.

Por otra parte, tengo una evocación menos triste que la de las tumbas que reseñarles.

Hace unos días he recorrido el último número, del mes de Marzo, de la revista francesa «Ciencia y Vida». He leído en ella un artículo que lleva por título «Con respecto a un proceso de resonancia» y que iba acompañado de estos subtítulos: «La ciencia auxiliar de la justicia», «El toxicólogo está cada día más

seguro de sus medios», «El asunto Lafarge y el Doctor Orfila». Observo al final de este artículo que el Doctor Orfila había provocado algunas envidias (lo que sucede únicamente con las fuertes personalidades), por su éxito profesional y aún por sus triunfos en los salones, pues cantaba melodías de época y —según dicen—, tan bien como un profesional.

Personalmente lo creo de buen grado, pues bien yo sé cuanto se aprecia en Mahón la buena música.

El Dr. Orfila tiene dos patrias; la patria nativa, la adoptiva.

La memoria del Dr. Orfila, nacido en Mahón, naturalizado francés, luego médico del Rey de Francia Luis XVIII, Decano de la Facultad de Medicina de París, gloria de su época, muerto en París, esta memoria pertenece en común a su país y al mío.

Permítanme ver en la estatua del doctor Orfila juntamente con las tumbas del Marqués de Fremeur y del Conde de Lannión, monumentos de los cementerios de Mahón y de Ciudadela, la evocación de una página común del pasado de nuestros dos países, que puede ser un lazo de unión entre ellos en el futuro.

Discurso de clausura de la Sesión Académica del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional D. Joaquín Ruiz Jimenez

Excelentísimos Señores.

Señor Consul General de la Nación Francesa.

Señor Decano de la Facultad de Medicina de París.

Señoras.

Señores.

Una palabra escueta, para añadir la del Gobierno, a las que aquí ya han oído esta tarde en loor de un gran menorquín, cuya obra ha perdurado sobre los años y que adquiere hoy una nueva vigencia, como nos decía esta tarde la palabra siempre aguda y bella de Pedro Laín Entralgo.

Todo cuanto podría glosarse sobre el hombre, sobre el Profesor, sobre el investigador, ha sido dicho.

Ciertamente que no era contra justicia, ni se debía a exceso de amistad el elogio que el Director General de Archivos y Bibliotecas hacía de este hombre, sencillo y grande, que os ha tenido a vosotros, como me ha tenido a mí suspenso de su palabra, a lo largo de largos minutos.

Pedro Laín Entralgo es, él mismo, con su espíritu, la respuesta mejor a las dos preguntas que planteaba al final de sus palabras. Es la encarnación del espíritu nuevo de la política cultural de España, que vela para que no vuelvan a perderse nunca los posibles Orfilas de nuestra Patria. Es uno de los hombres que velan los valores fundamentales sobre los que esta Patria des-

cansa, para que no se pierdan jamás los posibles jóvenes Orfilas.

Que así va a ser y así está siendo os responde Pedro Laín, Rector de la Universidad Capitana de las Universidades de España, con el ejemplo de su palabra y su vida.

Para responder también, y en ello empeño cuanto aquí represento, os responde también la comprensión del Caudillo y de su Gobierno de que no volverá a perderse jamás, señores y amigos, un hombre valioso nacido en nuestra tierra, y de que nunca tendrá que emigrar a climas extraños, en busca de comprensión o de amplitud de espíritu. Que cabe ser muy fiel a unos principios esenciales, a los que no renunciaremos jamás los españoles, y cabe, al mismo tiempo, tomar el latido de las cosas de nuestro siglo; que cabe vencer, para siempre, aquella tentación que denunciaba nuestro P. Feijoo, contra la tentación de aquellos que quieren defender con la barbarie la fe o cubrir con el humo la luz.

Esta España nuestra de 1953, redimida con el sacrificio y lavada en su propia sangre, tendrá siempre a sus juventudes en pie para defender su fe, su fe en Dios, su fe en la Patria misma; pero tendrá también el alma abierta y amplia, para que ninguna inquietud intelectual tenga que emigrar de su suelo, para que aquí, en este viejo solar ibérico, donde tantas glorias nacieron, cuajaron y murieron, siga siendo posible creer mucho en Dios y servir mucho a los hombres, recoger todos los latidos humanos y ofrecérselos a Dios mismo con gallardía, con nobleza y amplitud de espíritu.

Este es, señores, el compromiso, que, como Ministro hoy de Educación del Gobierno del Caudillo, contraigo, rubricando estos dos interrogantes de nuestro Rector de Madrid. Lo contraigo ante vosotros y lo contraigo cabalmente al conmemorar la vida y la obra de un gran (permitidme que lo llame) español-francés. Si el máximo de nuestros ingenios inmortalizó la «Española inglesa» ¿por qué no vamos nosotros a poner en el nombre

de Orfila el prototipo de un español francés? Que ambas cosas caben, podríamos, sobre todo después de haber contemplado, hace unos instantes en ese delicioso Museo, el cuadro de Esquivel, decir forzosamente que su mirada le traiciona como español, que esa mirada firme y tersa es de esta tierra.

De idéntico modo como a nosotros nos importa poco si Colón nació en Génova, o en otro lugar cualquiera, porque sabemos que para Cristóbal Colón, sin Isabel y Fernando, su empresa universal no hubiera sido posible; así del mismo modo nosotros dejamos a Francia la gloria de haber hecho posible la gloria científica de Orfila, sin renunciar por ello a la otra dimensión de España: la universalidad nuestra.

Porque los españoles somos tremendamente nacionalistas e irrenunciablemente universales, aún cuando, a veces, como diría Gracián por boca de Andrenia, tenemos unos vicios, tenemos un exceso de orgullo, pero también unas grandes virtudes: el tener la ambición de los más heroicos y grandes hechos de la Historia, merced a la cual pudimos estar siempre presentes en todas las aventuras de la Cristiandad.

Y así nuestro gran Ignacio de Loyola, un español también en Francia, dura y radicalmente pudo llegar a hacer cuajar, como Francisco Javier, otra dimensión de nuestra universalidad histórica.

Hagamos nosotros igualmente posible que nuestros políticos, nuestros hombres de ciencia estén cada día más enamorados de España, se sientan más universales, aunque quizás no sea esto totalmente posible a través de la histórica contemplación.

Pero también nosotros nos preguntamos, mirando al pasado, si fué que España perdió su vocación universal, o si otros fueron los que mermaron las posibilidades universales de la Nación.

No. No hemos de cesar ahora en este empeño nuestro, y de este hecho y de este compromiso, a que aludía Laín, ha de reafirmarse nuestra voluntad de unidad para cuantos latinos de este Mediterráneo, para cuantos unidos en la fe y en el senti-

miento patriótico de España, sintamos acrecentar aquellas posibilidades de hacer más fuerte, cada día, la española universalidad.

Sí ahora, en 1953, ya han sido encauzadas estas posibilidades de entrar en una nueva etapa de la universalidad en el conjunto de los pueblos cristianos, para que a nosotros no se nos pierda la posesión de estos hombres. Para ello han quedado abiertos los caminos del diálogo recogiendo así muchas posibilidades de que nuestros hombres puedan ir un día a luchar a las orillas del Rin, o a aprender en la Sorbona, o a enseñar en Brujas u Oxford, que todo ello es posible.

Sólo así volverán a pesar las decisiones de España, como pesaron en otros tiempos.

A vosotros, menorquines, gentes de Baleares, os dirijo estas que serán quizás, mis últimas palabras antes de separarme de estas Islas, en las que siento, como si mis pies se hubieran pegado en ellas, a vosotros, que en esta Isla de Menorca, estáis en la avanzada de las tierras de España; a vosotros os digo: ayudadnos y no os faltará nuestra presencia.

Cuando volaba sobre esta Isla pensaba que no era exactamente igual a las demás tierras de España. Me hacía la ilusión de que las cosas lloran y aquí hay lágrimas en las cosas, hay lágrimas en la tierra, y esta Isla de Menorca me parecía que, a veces, también lloraba un poco. Quizás esté abandonada, quizás esté demasiado lejos. He visto llorar estas cosas, y he visto unas tierras pedregosas que hacen fecundas el esfuerzo y el trabajo.

Bajo esta tierra van surgiendo las piedras que hablan de valores del pasado; bajo esta costra, un poco triste pero serena de los menorquines, se esconden muchos siglos de Historia, más también, muchas posibilidades de Orfilas.

Os prometo que mañana, al despedirme, me llevaré el compromiso de poner en manos del Caudillo vuestras aspiraciones, vuestras necesidades y anhelos.

Discurso del Decano de la Facultad de Medicina de la Sorbona, Profesor León Binet, en el acto de la inauguración del monumento al Dr. Orfila

Monsieur le Ministre.

Excellences.

Monsieur le President.

Mesdames et Messieurs.

A la mémoire du savant illustre que fut Mathieu ORFILA, l'Institut de France, l'Université de Paris, la Faculté de Médecine de Paris, l'Académie Nationale de Médecine se devaient d'apporter ici aujourd'hui l'hommage de leur admiration et de leur reconnaissance, *admiration* pour la portée de l'oeuvre scientifique, *reconnaissance* pour l'étendue des services rendus à la Médecine Française par l'enfant de Mahon.

Déjà ont été publiés de très nombreux éloges sur la vie et l'oeuvre d'ORFILA: retenons en France celui de Pierre Bérard, prononcé à une séance de rentrée de notre Faculté (15 novembre 1858), celui de M. Fr. Dubois (d'Amiens) publié dans les Mémoires de l'Académie Impériale de Médecine (1854, t. 18, p. I-XXXIV) et le livre documenté d'Amédée Fayol, préfacé par Louis Madelin (Paris 1930, Albin Michel éd.); citons, en Espagne, ce très bel «Essai d'une bibliographie d'Orfila» qu'Enrique Fajarnes y Tur a fait imprimer à Mahon en 1902... autant de précieux et solides monuments élevés à la gloire de l'homme que

nous célébrons aujourd'hui. Les beaux discours écoutés hier, la lecture de REVISTA DE MENORCA avec le solide étude de Jean Hernández Mora, viennent s'ajouter à cet ensemble bibliographique.

Laissez moi vous apporter les sentiments fidèles que nourrissent pour Orfila les étudiants et les professeurs de Paris, aussi que les membres des Sociétés savantes auxquelles il a appartenu.

Lorsque les étudiants en médecine de la Faculté de Paris traversent la salle dite des Pas-Perdus, leur regard se porte sur un buste en marbre blanc représentant les traits d'ORFILA (buste exécuté par Destreez); ils en admirent la finesse de l'expression; ils savent les raisons qui ont poussé ce «Maitre» à faire «sa médecine» et ils n'ignorent pas la rapide ascension de ce travailleur tenace et brillant.

Né à Mahon en 1787 d'un père négociant en grains, armateur et banquier, d'une mère d'origine anglaise, initié dans l'île de Minorque au latin, au grec, au français, à l'histoire et à la géographie, aux mathématiques et à la musique, le jeune Mathieu ORFILA quittait à 15 ans et en qualité de mousse sa ville natale sur un brick marchand qui partait pour Alexandrie. Entre l'Egypte et la Sicile devait éclater une tempête; la mer furieuse, les vents impétueux, les éclairs nombreux et la pluie violente mirent le jeune marin dans un état de malaise considérable et c'est alors que, immobilisé par le mal de mer, ce dernier se dit en lui-même «je serai médecin». Par son travail et son talent, le petit marin des Baléares devait devenir plus tard médecin du Roi de France, Louis XVIII, professeur et doyen de la Faculté de Médecine de Paris, en même temps que savant incontesté dont on doit retenir et la science et la bonté.

Quand en 1807 après des études effectuées à Valence et à Barcelone —au cours desquelles il s'était entraîné à ne dormir que deux heures chaque nuit afin de travailler davantage— ORFILA débarque à Paris, il ne s'arrête pas à «l'impression

enchanteresse que produisirent en lui, par un des plus beaux jours de l'année, ce concours immense d'hommes et de femmes qui circulaient dans la rue, le bruit de ces innombrables et jolies voitures, ces boutiques si coquettement garnies»; il se met en relation avec deux chimistes éminents, Fourcroy et Vauquelin. Et bientôt, cet étudiant n'a qu'un but: professer. L'enseignement n'est-il pas le meilleur des maîtres? ORFILA donne des leçons de chimie et un jour, dans l'auditoire, se glissent deux savants de qualité, Fourcroy et Vauquelin qui félicitent bientôt le brillant conférencier. On sait la suite; ORFILA devait devenir à la Faculté de Médecine de Paris, professeur de médecine légale (1822), puis professeur de chimie médicale (1823).

Les professeurs de notre Faculté ne cessent de rendre hommage au *savant* qui a illustré notre Maison par la publication de livres de qualité, ouvrages qui ont dans notre Bibliothèque une place d'honneur. Citons son «*Traité des poisons tirés des règnes minéral, végétal et animal ou toxicologie générale* (en 2 vol.), son *Traité de Médecine légale* (en 3 vol.) et son *Traité des exhumations juridiques* (en 2 vol.), sans oublier ni ses *Eléments de chimie appliquée à la médecine et aux arts* (en 2 tomes) ni son petit ouvrage sur les «*Secours à donner aux personnes empoisonnées ou asphyxiées*».

Eloquent, enthousiaste, convaincu, ORFILA fut un savant de grande classe qui sut mettre en honneur la toxicologie: la science des poisons le captiva et fit, grâce à ses soins, des progrès considérables. Ses travaux sur diverses substances toxiques et leurs antidotes sont bien connus. Ses publications sur l'intoxication arsenicale sont classiques: n'at-il pas, le premier, proposé de ne plus se contenter de la détection de ce toxique dans l'appareil digestif et ses annexes immédiates, mais d'étendre le domaine d'investigation chimique à tous les organes essentiels du corps humain? Rappelons ce qu'il nous a appris sur la possi-

bilité de combattre avec de l'eau albumineuse l'empoisonnement par le mercure et le cuivre ainsi que la valeur du sel marin comme contre-poison du nitrate d'argent, autant de méthodes dont il a su prouver l'efficacité. On a souligné le rôle considérable qu'il joua comme expert auprès des tribunaux dans les «affaires» publiques d'un fort retentissement. «Chimiste-juré des causes célèbres, il était devenu l'effroi des empoisonneurs». Il réunissait, explorait, étudiait des débris des victimes «...il s'en emparait, son art les interrogeait et bientôt il en faisait sortir la preuve matérielle du crime». Dubois d'Amiens (p. XXVI et p. XXVII) écrivait encore: «Qu'on se figure l'effet que devait produire, dans ces circonstances, l'apparition de cet inexorable expérimentateur.... On sait qu'un savant chimiste a été mandé de Paris: c'est M. ORFILA; il est là, dans une pièce voisine; il expérimente, sa science interroge quelques débris informes de cadavre. Tout à coup, au milieu d'un profond silence, d'une attente générale, on annonce M. ORFILA. Il s'avance au milieu du prétoire; sa belle figure a pris un caractère d'une effrayante sévérité; il a l'impassibilité du destin. Et alors d'une voix ferme et vibrante, il déclare qu'il y a eu ou qu'il n'y a pas eu empoisonnement. Et qu'on ne croit pas que ce soit là un tableau fait à plaisir ou que j'exagère les faits: vingt drames se sont ainsi dénoués en cours d'assises».

Un de mes prédécesseurs, le Doyen V. BALTHAZARD, qui fut aussi un médecin légiste, a rendu un magnifique hommage à la science d'ORFILA en écrivant en 1920 les lignes suivantes: «En forgeant des armes contre les empoisonneurs, ORFILA a puissamment contribué à restreindre la fréquence du plus hideux des crimes, celui qui souvent est perpétré dans l'ombre, sous un masque d'hypocrisie, par un proche en qui la victime place toute sa confiance».

Aujourd'hui dans le cabinet actuel du doyen de la Faculté,

on peut admirer un beau médaillon d'ORFILA afin de rendre hommage à celui qui dirigea notre Maison du 1er mai 1831 au 1er mars 1848. Demain une photographie de la belle statue que nous inaugurons aujourd'hui, oeuvre de l'éminent artiste qu'est M. Marès sera posée à côte de ce médaillon.

Pour les étudiants, ce Doyen s'efforça d'être populaire et autoritaire; le Secrétaire perpétuel de l'Académie impériale de médecine (p. XXII de son éloge) exposant la qualité des sentiments des élèves pour le Maître, a rapporté le dialogue suivant:

«En bien, Monsieur le Doyen, lui disait le Roi, comment êtes-vous actuellement avec MM. les élèves?—Voyez mon chapeau, Sire, répondit ORFILA—Il n'est pas brillant, répliqua le roi; il est même assez fatigué, mais que faut-il en conclure?—Que je suis au mieux avec les élèves, reprit ORFILA, car il n'y a pas un mois que je le porte. Quand je suis mal avec eux, mes chapeaux durent éternellement, pour la raison qu'aucun d'eux ne me ferait l'honneur de me saluer, je n'ai pas à y mettre la main; quand au contraire, ma popularité est revenue, je suis accablé de coups de chapeaux et vous voyez dans quel état je mets le mien».

Dans notre Faculté, ORFILA apporta des modifications importantes: couverture de salle de dissection. création d'un jardin botanique au Luxembourg, mise en activité de l'hôpital des cliniques, installation d'un musée d'anatomie, dit Musée Orfila, fondé dans l'intérêt des études et uniquement pour être utile aux étudiants en médecine.

Soulignons que pour aboutir à ces réalisations il a su mettre en oeuvre toutes ses relations, et il reconnaissait qu'il avait obtenu de cette façon «plus de décisions avantageuses dans les salons que dans les travaux des commissions», car le «savant que les juges appellent dans leur prétoire à se prononcer sur le crime fut un homme choyé des salons». (L. Madelin).

Mes collègues de l'Académie Nationale de Médecine gardent

pieusement dans l'une de leurs salles une toile due à Lacoma (1831) représentant ORFILA en robe de professeur: sa toque porte les attributs de doyen; son cou est orné de la cravate de Commandeur de la Légion d'Honneur, on est frappé par la beauté de son visage et l'intelligence de son regard. C'est devant cette Académie où il était entré en 1820, le plus jeune des 70 membres composant cette compagnie, qu'il vint deux mois avant sa mort donner lecture de ses volontés qui amenaient la création de prix pour l'Académie impériale et pour diverses écoles de médecine et aussi pour l'Association des médecins du département de la Seine, association de prévoyance qu'il avait fondée et présidée avec autorité et qui devait plus tard se fusionner avec l'Association générale des médecins de France qui groupe actuellement 14.000 membres. Un médecin de chez nous, le Dr. Foucauld de l'Espagnery (Paris 1853, Rignoux imprimeur) a écrit des vers qui avaient plu à ORFILA: nous croyons devoir rapporter ici quelques vers extraits de cet hommage:

Dans les nombreux docteurs que sacre la Sorbonne,
L'infortune souvent promène ses chagrins;
On a beau cultiver, quand arrive l'automne,
La récolte parfois manque aux meilleurs terrains.

Orfila connaissait ces heures de détresse;
Confrère affectueux, coeur juste et prévoyant,
Jaloux de soutenir la gloire et la noblesse
D'un corps fait pour triller toujours au premier rang,
Il a dit à chacun: «Apporte ton obole.
Que l'avenir pour tous n'offre plus de terreur.
Préparons entre nous un appui qui console
La veuve et l'orphelin que laisse le docteur.
Que le confrère, hélas, que frappe l'infortune
Sache de quel côté porter ses pas tremblants.
Faisons entre nous tous une bourse commune;
Par là nous braverons les destins et le temps».

Merci, Noble Doyen, honneur à ta pensée.
Que de pleurs a séchés ton appel éloquent.
Chez plus d'un orphelin, ton image est placée;
Il sait ton nom, Doyen, et le bénit souvent.

L'Institut de France revendique l'honneur de l'avoir compté parmi ses correspondants,; son élection avait eu lieu en 1815, à une époque où il n'était pas naturalisé français: il avait 28 ans. Les Archives de l'Académie des Sciences gardent sa signature que nous reproduisons ici et dans son dossier on trouve divers exposés de titres ainsi que la reproduction de lettres dans lesquelles, avant d'être professeur à la Faculté, ORFILA avait sollicité «une place de profeseur de chimie et de physique dans un lycée».

Enfin les Parisiens qui se rendent au cimetière Montparnasse s'arrêtent, près de la tombe de Lisfranc et près de celle du Baron Boyer, devant un mausolée que surmonte une pyramide: une plaque de marbre porte un nom ORFILA... Des mains pieuses viennent y déposer des fleurs, des fleurs de reconnaissance en mémoire de cet éminent Minorquin qui resta sentimentalement attaché à l'Espagne et à sa ville natale et qui illustra la France de son génie de celui que M. le Ministre d'Éducation Nationale a présenté comme le modèle de l'Espagnol français, de celui qui sut être un grand savant, un grand professeur, un grand doyen et un grand cœur.

Palabras del Alcalde de Mahón don Juan Victory Manella

Excelentísimo Sr. Ministro.

Excelentísimos e Ilustrísimos Señores.

Autoridades todas.

Representaciones oficiales aquí presentes.

Pueblo de Mahón:

Al dirigiros la palabra en cumplimiento de un deber que mi cargo me impone, he de saludar, ante todo, al Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional y he de agradecerle en nombre de la ciudad y mío propio, el honor que nos ha hecho viniendo a presidir los actos conmemorativos del Primer Centenario de la muerte de Orfila que estos días celebramos, honor tanto más de señalar cuanto que es esta la primera vez en que un Ministro de Educación Nacional viene en viaje oficial a tierras menorquinas.

Mi saludo y mi agradecimiento también, a los Ilmos. Sres. Directores Generales, Excmos. y Magníficos Rectores de Universidades, Ilmos. Sres. Decanos de Facultad, personalidades diplomáticas, consulares y universitarias, y a todos cuantos movidos por el mismo afán de rendir homenaje a Orfila han acudido a esta ciudad que de todo corazón les da la bienvenida.

Y para terminar estas breves frases de salutación, considero indispensable nombrar personalmente al Dr. Laín Entralgo, Rector Magnífico de la Universidad de Madrid, que ayer tarde nos deleitó con su doctísimo discurso, y al Profesor León Binet, sucesor, hoy, de Orfila en el Decanato de la Facultad de Medicina

de París. La presencia del Profesor Binet entre nosotros nos emociona porque en él se encarna la institución del Decanato a la que Orfila dió tanto prestigio y que ha quedado para siempre unida a su nombre.

Así pues resulta que en este momento solemne, Francia y España se encuentran en Mahón para tributar homenaje al hijo benemérito de esta ciudad que se llamó Mateo José Buenaventura Orfila. Mahón fué su cuna y España fué su patria. Francia fué una segunda madre para él y París el escenario soberbio donde durante cuarenta y seis años se desarrolló su carrera rutilante.

No he de contaros aquí la vida de Orfila, ni he de comentar su obra, pues ello sería repetir imperfectamente cuanto se ha escrito y se ha dicho con motivo de esta conmemoración centenaria.

La vida de Orfila ya la conocéis. Del valor de su obra tenéis una idea perfectamente clara. Permitidme que a estos conocimientos, añada una suscinta noticia de cómo entre los hombres ha querido honrarse su labor y perpetuarse el nombre de este «Príncipe de la ciencia», según en un tiempo se le llamó.

No citaré sus múltiples cargos, ya que éstos se estudian en su propia vida. Del Museo Orfila para el estudio de la anatomía comparada, tampoco he de hablar, aunque es uno de los mejores testimonios que ensalzan su memoria.

Gobiernos de Europa y de América cubrieron su pecho de condecoraciones. Fué Comendador de la Legión de Honor, Caballero de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, de la de Santa Ana de Rusia, de la de Leopoldo de Bélgica, de la del Cruzeiro del Brasil.

En París se ha dado su nombre a una calle y lo mismo se ha hecho en Madrid, en Barcelona, donde se le ha dedicado una plaza en Palma de Mallorca, y en esta su ciudad natal.

El retrato de Orfila, o bien su busto, adorna salones de Academias y de Centros Científicos de España y de Francia.

Mallorca, lo mismo que ha hecho Mahón, le ha honrado como

baleares ilustre y un medallón con su imagen decora, con otras egregias figuras, el gran salón del histórico Palacio Municipal de Palma.

El medallón y la lápida que aquí veis, recuerda, desde poco después de su muerte a los que transitan por esta calle, que en esta casa nació Orfila. Más este medallón era tan sólo el homenaje del afecto familiar, no el homenaje de la ciudad, que hoy se le tributa y que tiene una larga historia felizmente coronada, ya que en distintas ocasiones se había intentado, sin éxito, levantarle un monumento.

Ha sido bajo la égida de nuestro invicto Caudillo Franco, en esta época de realizaciones, cuando la Corporación Municipal que me honro en presidir y a propuesta mía, acordó realizar lo que a partir de este momento es ya un hecho.

Una Comisión de honor integrada por altos prestigios, ha patrocinado la obra, una Comisión Ejecutiva ha encarnado todos los trabajos propios del homenaje; un artista eximio, Federico Marés, ha plasmado en bronce nuestra idea de un modo magistral. La tarea que nos habíamos impuesto para exaltar la memoria de Orfila en su ciudad natal ha sido realizada.

Señores, ved el Monumento.

Inauguración de la Exposición del «Libro Médico Antiguo»

Discurso del Presidente del Ateneo Dr. Aristoy

Excelentísimo Señor.

Señoras.

Señores.

En nombre del Ateneo, iniciador de estas exposiciones, tenemos el honor de dar la bienvenida al Sr. Ministro de Educación Nacional y a las ilustres personalidades que han venido para celebrar este Centenario, en especial a la representación francesa que ha querido unirse a nosotros en este homenaje al distinguido hijo de Menorca, el Dr. Orfila, que triunfó en París logrando alcanzar una alta calidad científica y humana.

Mahón se vanagloria de ser la patria de Orfila y de haberle podido proporcionar, en su educación primera, los sólidos fundamentos de su futura formación. Aquí encontró un ambiente cultural de larga tradición. Esta tradición cultural de Menorca se debe a su circunstancia geográfica y es que esta isla, por su situación extremo-oriental en el Archipiélago Balear, constituye como un pequeño mundo aparte distinto de las islas hermanas y esta diferencia se acentúa por el clima y por su geología. Los geólogos, al hablarnos del problema geológico de Menorca, nos dicen que esta isla se asienta sobre un bloque de terreno primario dependiente del primitivo macizo de los Pirineos, diferente de los terrenos secundarios, más jóvenes, de Mallorca e Ibiza,

que prolongan la cordillera Bética. Este terreno primario engendra un paisaje característico, con algo de la melancolía norteña y el hombre es reflejo del paisaje en que vive; este paisaje suave y tranquilo invita al ensimismamiento, a la lectura y al estudio, no estando el ánimo alterado por un mundo exterior exuberante y dionisiaco como el de otros parajes mediterráneos.

El mar fué para Menorca camino de cultura; ya en los tiempos antiguos, cuando hacían escala en nuestro puerto las naves que iban a Tartesos en busca del cobre y del estaño, floreció aquí una cultura de cuya importancia dan idea los numerosos restos de monumentos megalíticos que se conservan y que demuestran que nuestro pueblo tenía ya un contenido espiritual, puesto que en cada agrupación megalítica existía un templo con su «taula», símbolo de la divinidad. Decayó esta cultura cuando se desviaron las corrientes comerciales al abrir los cartagineses la vía del Estrecho. Pero nuestra isla, por encontrarse en una encrucijada de los amplios caminos del mar, siempre estuvo ante la expectativa de las más imprevistas arribadas, de gentes que venían empujadas por los vientos «*etesios*», aquellos vientos que, según Herodoto, empujaban las naves griegas hacia las Baleares, y siempre nuestro puerto *Magog*, el mejor puerto del Mediterráneo, fué frecuentado por los navegantes que buscaban en él refugio y abrigo, cuando por la fuerza de los elementos, el *Mare nostrum* se transformaba en un *mare magnum* terrible y tempestuoso. Por esto Menorca fué un lugar en donde se entrecruzaron hombres, pueblos y civilizaciones y todos dejaron aquí su huella. De su cristianización en los primeros tiempos nos quedan dos monumentos notables: la «*Carta*» del Obispo Severo y la Basílica de Son Bou recientemente descubierta. Los árabes nos legaron la toponimia campesina. Luego de la Reconquista, Menorca se puebla, según las crónicas, de «buena gente catalana» y es desde entonces Barcelona meta y metrópoli de los estudiantes menorquines que desde allí se esparcen por la península española, por Francia y por Italia y regresan con un buen bagaje de cul-

tura europea en forma de libros que nutren las bibliotecas isleñas.

Llega el siglo XVIII y Menorca se convierte en una base estratégica del Mediterráneo occidental muy disputada por las Cancillerías. La isla sufre invasiones; la convivencia con hombres de otros pueblos modifica costumbres y modos de ser, pero los menorquines saben asimilar y enriquecerse con lo mejor, en el orden espiritual, los libros, en el material, el mobiliario sobrio y elegante, lo que caracteriza al hombre menorquín amante del hogar y del señorío. Del roce con el invasor sale fortificada su Fe tradicional y su patriotismo y, reintegrada a la madre patria, se produce un inusitado movimiento cultural y un deseo de superación y entonces surgen hombres como Orfila que una vez vencido el complejo isleño de que habla Marañón y fuera del ambiente insular, triunfan y se hacen célebres no solo en España, sino lo que es más difícil, en el extranjero, honrando por ello doblemente a su patria nativa. Y aparecen investigadores, modestos y sabios, pero que están en relación con todos los científicos de Europa y que reúnen colecciones como la de algas, famosa y única en España y este afán de erudición se plasma hasta en el decorado de suntuosas residencias como ese palacio de Ciudadela en cuyo friso de sus salones se representa acompañada de su nombre científico, toda la fauna y la flora de la historia natural de Linneo.

Como fruto de esa inquietud intelectual, a principios de siglo se funda este Ateneo; su misión era la ampliación universitaria, como prolongación de la Universidad, tan necesaria en nuestro aislamiento insular, y como simboliza su emblema, iba a mantener encendida la llama viva de la ciencia y el arte, viniendo a ser a modo del «*alma mater*» menorquina. Acogió y siguió la publicación de la «Revista de Menorca», fundada en 1888, interesante archivo de la historia y la cultura menorquina y desde entonces ha venido laborando sin desmayar, siempre situado en primer plano de toda manifestación cultural isleña y a pesar de su economía harto precaria.

Por esto ahora, con motivo de este Centenario, ha aportado la iniciativa de estas Exposiciones, la una dedicada a revivir el recuerdo de Orfila en sus libros, sus retratos y sus cartas y que tiene por marco el magnífico Palacio de Archivos y Bibliotecas y Museo; la otra en este Ateneo dedicada al «Libro Médico Antiguo». La ocasión era propicia para dar a conocer estas joyas bibliográficas que constituyen la cultura médica de Menorca precursora de la época de Orfila. Comprende esta exposición desde el siglo XV al XVIII, comenzando por un libro incunable, compuesto en 1418 por Valesco de Tharanta y publicado en 1500 y terminando por una obra escrita en latín por un menorquín, el Dr. Cursach, en 1790. En ella figuran la Anatomía de Vesalio, el Atlas de Remelinus, la edición inglesa de la obra de Ambrosio Paré y otros muchos libros curiosos y raros que tendréis ocasión de admirar.

Antes de terminar nos vamos a permitir haceros un ruego y es que cuando regreseis a Madrid os digneis expresar a nuestro invicto Caudillo nuestra más leal y fervorosa adhesión; que le digais cuanta fué nuestra emocionada sorpresa y nuestra satisfacción cuando hace poco más de un año se dignó acordarse de este Ateneo, citando elogiosamente nuestra colección de algas y, por último, que le afirméis nuestra decidida voluntad de seguir trabajando dentro de nuestra modestia, pero con todo entusiasmo por la conservación y el engrandecimiento de los valores culturales de la Patria. Y al reiteraros nuestra bienvenida y nuestro cordial agradecimiento a vos y a todas las ilustres personalidades que han asistido a este acto, nos atrevemos a esperar que esta visita, que tanto nos honra y enaltece, aparte del grato recuerdo que deje en nuestro corazón, ha de ser ubérrimamente fecunda para el Ateneo y para la vida cultural de Menorca.

Contestación del Ministro de Educación Nacional Sr. Ruiz Giménez.

Señor Presidente.

Al leer los versos que adornan las paredes de este salón veía que Veri ironiza con los médicos, y es que todos ironizamos con los médicos y con las mujeres, pero no podemos prescindir de ellos: los necesitamos y los buscamos porque son muy importantes en nuestra vida.

De la importancia de los antiguos médicos de Menorca tenemos aquí una prueba en esta gran colección de preciosos libros que revelan la extensa cultura de Menorca, porque, como vos mismo me decíais hace pocos instantes, cuando me mostrabais estas obras que, paralelas a esta rica colección, hay en las bibliotecas menorquinas otras valiosas colecciones de obras jurídicas, de filosofía y de otras disciplinas del saber.

Transmitiré al Caudillo vuestras palabras y así como él se acordó de este Ateneo, yo también prometo no olvidarme y ayudaros para que podais continuar desarrollando esta interesante labor cultural.